



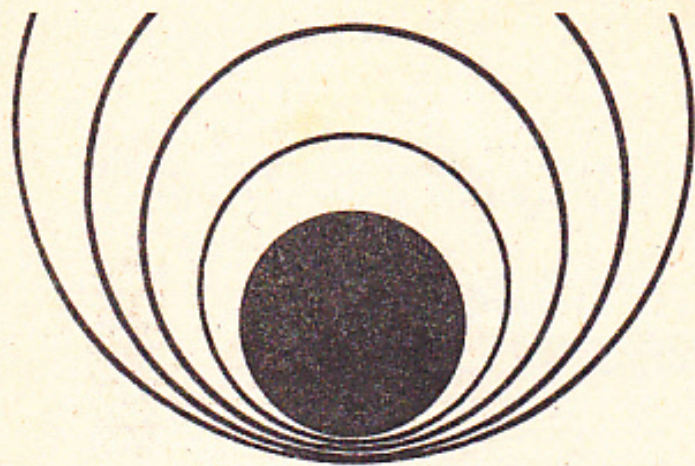
MELLIZAS MORTALES

Curtis Garland

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



SAW



PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND
MELLIZAS MORTALES

Colección PUNTO ROJO n.º
951 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.549 — Cráneo de acero.

En Colección PUNTO ROJO:

950 — La muerte ríe de noche.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 15.804 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1980

© Curtis Garland - 1980

texto

© Jorge Sempere - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152. Km 21.650) Barcelona – 1980

PROLOGO

Ralph Wnninger depositó el penúltimo *dossier* en el archivador. Luego se quedó con el único que restaba entre sus manos.

—Termine la tarea, Ralph —pidió su jefe suavemente, apurando su taza de café—. Tenemos trabajo urgente por hacer con esos condenados asuntos de Oriente Medio entre manos, recuerde.

—Sí, señor —asintió Ralph, afirmando con la cabeza, aún en lo alto de la escalera metálica a la que estaba encaramado. Frunció el ceño, dirigiendo una ojeada a las tapas azules del *dossier*, y se dispuso a colocarlo en su sitio—. Es que esto me había distraído la atención por un momento...

—¿El qué? —se interesó su jefe, alzando la cabeza.

—Este *dossier*. El último de la letra D, señor.

—Ya. ¿Cuál es? —indagó distraídamente el hombre de blancos cabellos, sentado a la mesa, con el presidente y la bandera de Estados Unidos como fondo de su despacho de muros recubiertos de madera oscura.

—Uno que tiene un distintivo singular. Además del sello de «Top Secret», figura en su tapa el indicativo de «Asunto Sin Resolver». No abundan esa clase de *dossiers* en el archivo por lo que he visto, señor.

—En efecto. No abundan, por suerte para nuestra organización —sonrió su jefe—. Por favor, ¿qué nombre lleva ese *dossier* realmente? Ha logrado usted intrigarme, Ralph.

—Es..., es el título de «Mellizas Mortales» (1), señor Cavanaugh.

(1) En el texto se menciona la letra D como correspondiente al asunto titulado «Mellizas Mortales». El lector debe tener en cuenta que, en inglés, ese título se escribe «Deadly Twins». Por tanto, su inicial corresponde, como menciona el personaje, a la letra D del archivo. (N. del E.)

Edgar P. Cavanaugh, alto funcionario de determinados y muy especiales Servicios de Inteligencia del Gobierno Federal de Estados Unidos de América, arrugó el ceño. Y exhaló un suspiro, apartando de sí la taza vacía de café.

—Lo recuerdo muy bien, Ralph —afirmó—. Sí. Un asunto raro ése, amigo mío. De los más extraños que jamás tuvimos en la organización. La prueba es ésa. Que está sin resolver. Inconcluso, amigo Ralph. Y eso es malo para nosotros. Muy malo.

—¿Tan complicado resultó?

—Yo diría todo lo contrario. De tan tremendamente sencillo como era, su dificultad resultó insalvable, incluso para nuestro mejor agente.

—¿Frank Slade?

—Veo que también sabe quién es nuestro mejor agente, Ralph —sonrió Cavanaugh—. Sí, en efecto. Franck Slade, o Agente Z-52, según los códigos. Incluso él fracasó en el asunto, aunque quizá haya sido su más sorprendente victoria a la vez.

—¿Fracaso y victoria? —dudó Ralph, sin soltar todavía el *dossier*.

—Aunque suene extraño, así es. Ya le digo que el asunto fue realmente insólito. Este Departamento tenía ante sí la solución todo el tiempo. Era una simple alternativa. Y nunca se resolvió satisfactoriamente.

—Me gustaría conocer más a fondo este asunto, señor Cavanaugh. Pero imagino que es un secreto demasiado importante para que yo lo sepa...

—Ralph, usted es ahora nuestro archivador. Pero es más que eso. Está haciendo sus prácticas de agente especial, sus notas son brillantes, tanto en teórica como en prácticas y comportamiento. Tengo gran confianza en usted, y me gustaría que un asunto de esa naturaleza pudiera llegar a su conocimiento, para que aprenda lo que puede encontrarse un hombre, por eficiente que sea, dificultando su camino de modo insalvable. Por favor, baje de ahí.

—Sí, señor —se dispuso a colocar el *dossier* en su sitio y a cerrar el gran archivador secreto.

—No, no. Baje ese *dossier*. Tráigalo aquí, se lo ruego.

Ralph Winninger cerró las puertas metálicas de aquella auténtica biblioteca secreta, formada por *dossiers* del más estricto secreto oficial, y un panel de madera se deslizó automáticamente, ocultándolo por completo a la vista de cualquiera. La escalera metálica, también se había plegado automáticamente, apenas Ralph bajó de ella y se aproximó a su jefe con la carpeta azul en sus manos.

La depositó ante Edgar F. Cavanaugh, y esperó en pie. El hombre de cabellos blancos le invitó cordialmente, señalando la butaca frente a sí.

—Siéntese, Ralph. Vamos a examinar juntos este *dossier* de las «Mellizas Mortales».

Winninger obedeció en silencio. Era un hombre joven, atlético, de mirada vivaz y expresión inteligente. Llevaba sólo dos años en la organización, y esperaba que al tercero llegase a ser agente especial. Gozaba de toda la confianza de sus superiores, especialmente del director del Departamento, como ahora se estaba demostrando. Se sabía que Edgar F. Cavanaugh no acostumbraba a permitir que sus subordinados conocieran los asuntos estrictamente confidenciales con facilidad.

Las manos suaves y blancas del hombre sentado ante la mesa despacho soltaron los precintos de la carpeta, y abrieron sus tapas.

Hojas de papel mecanografiado, manuscritos, fotografías y una serie de documentos diversos, todos ellos taladrados y unidos por un cilindro metálico en espiral, ocupaban el interior del legajo.

—Aquí lo tiene... —suspiró Cavanaugh, entornando los ojos pensativo—. Tan sencillo en apariencia. Y tan tremendamente difícil en la realidad.

—¿Sencillo en qué sentido, señor?

—En todos, diría yo. También lo pensó así Slade. Y se equivocó.

—¿Puedo saber de qué se trataba?

—Claro, muchacho. Por eso vamos a discutirlo ambos ahora. Será un buen ejercicio mental para usted.

Extrajo dos fotografías que entregó a Ralph. Este las examinó, curioso.

Eran dos fotografías de una misma mujer. Ambas en color, detalladas, sumamente minuciosas. Y ambas iguales, de frente. Luego Cavanaugh le entregó otras dos fotografías. Eran de perfil. La misma mujer, sin duda.

—Es muy bella —comentó Ralph, pensativo, estudiando las cuatro imágenes.

—Sí —asintió Cavanaugh—. Muy bella.

Había un tono raro en la voz de su jefe. El joven aspirante volvió a estudiar las fotografías, por si algún detalle se le había pasado por alto. Estaba contemplando un óvalo casi perfecto, de barbilla suavemente redondeada, frente amplia sin exceso, nariz recta, ojos rasgados, de un tenue color gris humo, boca gordezuela, de labios bien dibujados y sin excesivo toque de maquillaje en todo el rostro. Cejas arqueadas, pestañas sedosas, orejas pequeñas y diminutos pendientes de oro circulares. Cuello esbelto, piel rosada. Y cabellos de un color caoba natural, peinados con media melena.

—Sí, señor —corroboró de nuevo Ralph—. A mí me parece hermosa.

—Lo es, sin duda. No se lo he discutido.

—Pero noté algo raro en su voz..., en su modo de decirlo...

—¿Lo notó? —Cavanaugh sonrió, encogiéndose de hombros—. Por favor, Ralph, ¿qué nombre lleva ese *dossier*, lo recuerda?

—Claro: «Mellizas Mortales». ¿Por qué me pregunta...?

Se interrumpió. Miró boquiabierto a su jefe. La sonrisa de éste le resultó reveladora. Volvió a mirar las cuatro fotografías. Su voz sonó ahora perpleja:

—Cielos, no es posible... ¡Mellizas!

—Eso es —asintió Cavanaugh—. Mellizas. No es hermosa, Ralph. Son *hermosas*. Las dos.

—Dos mujeres diferentes... —alzó en sus manos las fotografías—. Pero ¿quién es una y quién es otra?

—Ah... —sonrió Cavanaugh haciendo un ademán con sus brazos

—. ¿Lo sabe usted?

—No, claro que no... Pero ¿cómo dividimos estas fotografías? ¿La que está de perfil es una y... y la que está de frente, otra?

—Error, amigo mío. Las fotografías de frente corresponden a ellas dos. Las de perfil, también.

—Pero... ¡son *idénticas*!

—Idénticas por completo. Algo poco frecuente, incluso entre gemelas. Esas fotografías fueron sometidas a una computadora.

—¿Y...?

—La prueba resultó negativa. Eran iguales.

—Es físicamente imposible, señor. De todos modos, están las huellas dactilares para distinguir a una persona de otra...

—Huellas dactilares... —suspiró Cavanaugh—. Ciertamente. Pero no era fácil conseguirlas. No se las podía acusar de nada. Una de ellas era nuestra enemiga mortal, un agente adversario, un peligro para la paz y para nuestro país. Una espía implacable, cruel y terriblemente inteligente. *Una sola de ellas*. ¿Cuál?

—¿Obtuvieron al fin sus huellas?

—Claro está. Pero seguíamos igual.

Las puso ante Ralph. Eran dos tarjetas con los dedos impresos aumentados en la fotografía. Naturalmente, eran distintas entre sí.

—Aquí sí hay diferencia, señor —señaló Ralph—, Son dos personas distintas.

—Eso ya lo sé. Pero ¿qué huellas son de la espía y cuáles de la mujer inofensiva a inocente? Esa es la cuestión... Una cuestión difícil, por no decir imposible. No teníamos huellas de la espía previamente. No sabíamos cómo eran las impresiones digitales de nuestro bello enemigo. Cuando actuaba, lo hacía con guantes a toda prueba. Jamás dejó una huella. Puede ser cualquiera de ellas. Pero no sabemos cuál.

—¿Llegaron a arrestarlas?

—No era tarea sencilla. Estas jóvenes poseían una fuerte personalidad. Las dos. Y un trabajo honesto, unas referencias inmejorables... y mucha influencia. Lo más que se hizo fue interrogarlas pretextando que podían ser testigos importantes.

—Existen medios: pentothal, el detector de mentiras...

—No podíamos obligarlas a nada de eso.

—¿Ni siquiera sin su consentimiento, dragándolas o algo parecido?

—En su momento sabrá esos detalles, Ralph. Va demasiado deprisa, y olvida detalles importantes.

—Quizá he olvidado el más importante, señor —sonrió Ralph, avergonzado—. Si no poseían las huellas de ella... ¿cómo sabían,

en cambio, que *forzosamente* había de ser una de estas dos mujeres su espía temible?

—Esa sí es una buena pregunta, Ralph. Por ahí debió empezar. Tuvimos informes concretos. Conocimos su rostro. Fue identificada por alguien. Ahí comenzó el caso realmente... Entonces supimos que la espía más peligrosa que combatía contra Estados Unidos era una norteamericana precisamente. Y una mujer bella, elegante, culta, inteligente... y con ese rostro exactamente. Todo era tan fácil, que nos sentimos llenos de optimismo. Decidimos dar el golpe de gracia con rapidez.

—Y entonces supieron que no era una sola la sospechosa..., sino dos.

—Exacto, Ralph. Eran dos hermanas. Dos gemelas sorprendentemente iguales, como dos gotas de agua. Un caso insólito entre cientos de casos de mellizas, según las estadísticas. Y ahí se derrumbó nuestro caso.

—¿Se dieron fácilmente por vencidos?

—¿Fácilmente? ¡Cielos, no! Vea todos estos documentos. Son informes, datos, referencias... Frank Slade nunca se da por vencido. El se hizo cargo del asunto. Estaba seguro de vencer, yo también lo estaba.

—Y fracasó.

—Eso es. Fracasó. Tenga, Ralph. Empiece a leer, antes de hacer más preguntas. Por los propios informes redactados minuciosamente por nuestro mejor agente, iré siguiendo a la perfección el fantástico y nunca resuelto caso de las «Mellizas Mortales», como dimos en bautizarlo por entonces...

Ralph Winner tomó los documentos que su jefe le tendía.

Y empezó a leer la historia escrita por Frank Slade, el agente Z-52 de los Servicios Especiales de Inteligencia del Gobierno, a través de informes y documentos detallados, que parecían reflejar no sólo la acción, sino los pensamientos, dudas y decisiones más íntimas del famoso y prestigiado agente especial.

Una historia que, por sí sola, formaba el *dossier* sin solución de las «Mellizas Mortales»...

CAPITULO PRIMERO

Nueva York, bajo el oscuro cielo nublado, parecía redoblar su iluminación, al reflejarse en el negro asfalto mojado las luces de sus calles y avenidas, ya fuese las del alumbrado público, ya los grandes escaparates, prematuramente encendidos, o los parpadeantes luminosos y las vertiginosas letras que se deslizaban por los letreros en movimiento, anunciando información de última hora en forma telegráfica, o cantando las excelencias de esta bebida, aquel refresco o ese producto alimenticio.

En las carteleras de Broadway, centelleaban los nombres de famosas estrellas del cine o de la escena, y el tráfico, encendidos también sus faros precozmente, a causa de la oscuridad de la tarde, formaba una riada de ruido, metal y luz por las arterias del coloso de asfalto y cemento.

El hombre que salía de la Central Station con paso rápido y un maletín negro de ejecutivo en su mano se movía velozmente bajo esa lluvia, en busca de un taxi. Pero incluso a la salida de la estación resultaba difícil coger un vehículo de alquiler, dada la mayor demanda a causa de la inclemencia del tiempo.

Miró a ambos lados, inquieto, y humedeció sus labios con nerviosismo. Los ojos del hombre, en su recorrido escudriñador por las calles adyacentes a la estación ferroviaria, revelaban incertidumbre y temor.

Ante la imposibilidad material de dar caza a un taxi, avanzó unos pasos por la Calle Cuarenta y Dos, ya que por esa puerta de la colosal y única Grand Central Terminal había salido al dejar el tren en uno de los gigantescos andenes subterráneos. Frente a él, en la bruma del día lluvioso, las luces del Airlines Building, con su forma de torre exagonal, en cuya azotea se posaban los helicópteros, brillaban como miles de ojos rectangulares abiertos a la tarde húmeda y desapacible de Manhattan.

En lo alto de la torre que albergaba las oficinas centrales de todas las líneas aéreas del país y el mayor restaurante automático de Nueva York, el nombre de la PANAM destacaba nítido en su parte central. Pero nada de todo eso que el turista que visitaba Nueva York suele contemplar, anonadado por las proporciones colosales de la gran urbe, parecía interesar lo más mínimo al viajero recién llegado a la ciudad de los rascacielos. Preocupaciones mucho más hondas y apremiantes, evidentemente, ocupaban en estos momentos su cerebro, para estar interesado en lo que le rodeaba.

Un automóvil oscuro rodó cerca de él, lentamente, siguiendo el bordillo de la acera, hasta que lo detuvo un semáforo en el cruce

inmediato. Una riada de viajeros, procedentes de cualquiera de las ciento veintitantas líneas férreas que confluían en las dos enormes plantas de la Grand Central, discurría por las aceras en estos momentos, bucando taxi, lo mismo que él. Pero los vehículos de carrocería amarilla que pasaban por allí en abundancia —los famosos Yellow Cabs—, iban ocupados ya por otros clientes, guareciéndose así de la fina pero implacable llovizna que empapaba la isla de Manhattan desde mediada la tarde.

El viajero no advirtió la presencia del coche oscuro, un Cadillac de modelo moderno. Tampoco que de él descendía una mujer ataviada con un negro impermeable brillante, un gorrito de igual material, en forma de graciosa boina a la francesa, y unas sorprendentes gafas oscuras, de vidrios casi negros y espejeantes, como si padeciese alguna dolencia en sus ojos y no pudiera afrontar sin protección la iluminación nocturna de la ciudad.

La mujer echó a andar entre el gentío que caminaba por la acera de la populosa vía neoyorquina. Tras las gafas oscuras, sus pupilas se posaban en una persona determinada, en los anchos hombros cubiertos por una gabardina color gris perla: el viajero del maletín de ejecutivo y los modales nerviosos.

El paso de éste era forzosamente lento, porque le interesaba más localizar un coche libre que avanzar en medio de la jungla de asfalto. En cambio, la dama del impermeable negro avanzaba con rapidez, con paso elástico y ligero. Sus pies, calzados con unas juveniles botas de charol negro, se deslizaban velozmente sobre el asfalto. La mirada no se separaba del hombre recién llegado a la ciudad.

Alcanzaron otro cruce. El semáforo se puso en rojo para los peatones de aquella dirección. Comenzaron a pasar vehículos ante el viajero, que miró impaciente su reloj de pulsera. Los taxis libres seguían brillando por su ausencia, y la lluvia arreciaba por momentos. Junto a él, se detuvieron los coches que venían por la Calle 42. Y quiso el destino que, justamente a su lado, lo hiciera el deportivo color plata de Clark O'Brian, un joven y ya prestigioso periodista de la ciudad de Nueva York, de regreso de su trabajo en la redacción del *Mail*.

Fue puro azar, y Clark O'Brian no pudo hacer por evitar el asesinato que se cometió ante sus propios ojos, en los escasos segundos que duró el color rojo en el semáforo. Pero su presencia allí, como testigo casual del suceso, iba a tener gran importancia en el futuro. Incluso para él, aunque en ese momento lo ignorase.

El periodista estaba encendiendo un cigarrillo, la mirada distraídamente fija en la acera iluminada, a la espera del cambio de color. Instintivamente, sus ojos se clavaron en la bonita y

esbelta figura de una mujer. Le gustaban las mujeres lo suficiente como para que aquel atractivo bombón, de impermeable y bonita negra no le pasara desapercibido. Le extrañó que llevara gafas negras con un día tan lluvioso, pero aun con ellas era evidente que poseía un rostro sumamente agraciado. En cuanto a la figura, no había duda. Era buen observador, sobre todo de mujeres. Alta, cintura breve, senos firmes de suave curva, caderas curvilíneas no demasiado provocativas y largas piernas, evidentemente muy bien formadas.

Así era la dama de negro. Estuvo a punto de dirigirle una palabra de halago por la abierta ventanilla. No llegó a hacerlo. La idea, como la palabra, se le helaron en la boca.

De repente, la dama había llegado a espaldas de un hombre de gabardina gris perla y maletín negro de ejecutivo. Y con una rapidez y sangre fría escalofrantes, sepultó en su espalda algo que había extraído con rapidez de debajo de su impermeable.

Un estilete afilado, puntiagudo, de hoja singularmente prolongada, capaz de atravesar el cuerpo de un hombre como si se hundiera en manteca.

El hombre se puso rígido. De sus labios escapó un sonido ronco, un estertor que ni siquiera era un grito. Por el punto donde se había producido la rápida y limpia punción, O'Brian calculó que la hoja de acero acababa de partir el corazón del infortunado peatón.

La mujer obró con una sangre fría pasmosa. Llevaba guantes de negra piel también, y casi sin haber soltado aún la empuñadura del arma mortal, arrancó con la otra el maletín de la mano del hombre apuñalado, arrebatándoselo fácilmente.

Todo eso sucedió en escasamente dos segundos, y rodeados de gente por doquier, en medio de una multitud y en el lugar más céntrico y populoso de Nueva York, a las seis y media de la tarde. Sin embargo, nadie en absoluto, salvo el propio Clark O'Brien, se dio cuenta de nada.

El periodista trató de hacer algo, pero era imposible en tan corto espacio de tiempo. En ese momento, el semáforo había pasado del rojo al ámbar y rápidamente al verde, y numerosos claxons, detrás de él, comenzaron a entonar una rabiosa sinfonía, para exigirle que siguiera su camino. En aquel pandemonio era imposible llamar la atención de nadie sobre lo que sucedía.

El herido estaba apoyado en el poste del semáforo, junto al bordillo, como si estuviese ebrio. Cuando giró su rostro lentamente, hasta poderlo ver O'Brien, éste descubrió una grotesca y helada máscara de ojos vidriosos, dilatados, a la que nadie prestaba la menor atención. Riadas de personas indiferentes

y presurosas pasaban junto a él sin mirarle, sin fijarse, rozándole o empujándole incluso, hasta que el cuerpo resbaló muy despacio, a lo largo del poste, hasta terminar encogiéndose al pie del mismo, sobre el asfalto mojado, por el que corrió lentamente un delgado reguero de sangre. La gente seguía sin advertir absolutamente nada. Se podía morir allí con igual indiferencia y falta de ayuda que en medio del desierto, sin que nadie moviera un dedo para saber las causas de la lenta caída de un hombre a su lado. O'Brien sintió asco de muchas cosas, pero sabía que nada ni nadie podía cambiar ya la mentalidad de un mundo deshumanizado mecánico y brutal, donde la vida ajena no significaba nada.

Giró con brusquedad el coche, con un golpe de volante, que provocó casi la embestida con otro vehículo, y de nuevo el furibundo estruendo de los claxons y las voces airadas de otros conductores, cuando advirtió por el retrovisor que la mujer del impermeable negro se metía presurosa en un coche oscuro, situado junto al bordillo, y éste iniciaba inmediatamente después un viraje hacia una calle lateral, aprovechando un claro en el denso tráfico.

A duras penas, el periodista logró salir de la barahúnda de coches, eludiendo limpiamente a algunos de ellos, recibiendo dos o tres abolladuras y una lluvia de improperios, y enmendó su ruta, logrando enfilar el mismo camino seguido por la mujer asesina.

Penetró velozmente por la misma calle elegida por la misteriosa dama, y aún pudo ver las rojas luces traseras del otro coche, doblando de nuevo en una esquina situada dos manzanas más allá. Aceleró cuanto le fue posible, tomando esa misma curva con facilidad. El coche oscuro se perdía entre el tráfico de otra calle, y él se mantuvo a prudencial distancia, procurando no perder de vista aquel vehículo, un «Cadillac» azul cobalto, de larga carrocería y moderna línea, con matrícula de Nueva York.

Había entre ambos coches unos siete u ocho vehículos, que en algunos momentos llegaron a ser solamente dos o tres, para luego aumentar otra vez su número, pero en ningún instante trató de sobrepasarlos, para acercarse más al coche perseguido. Estaba tras las huellas de un automóvil ocupado por una mujer capaz de asesinar fríamente a un hombre por la espalda, y tenía la suficiente experiencia para saber que con semejante clase de persona valía más no jugar las cartas abiertamente.

Su mente era un tropel de ideas mientras duraba la persecución por Broadway, hacia Central Park, rodando ahora hacia la parte alta de Manhattan. La llovizna no cesaba un momento, y tuvo que poner en

marcha los limpiaparabrisas, para no emborronar su visión en exceso y perder así en cualquier momento el rastro de su perseguida.

Estaban remontando a velocidad regular la Sexta Avenida, dejando atrás ya el New York Hilton y el Museo de Arte Moderno, para aproximarse a la oscura y densa masa de Central Park por su lado sur. Pero antes de llegar ante el parque, la dama hizo girar bruscamente su coche hacia el oeste, a la altura de la Cincuenta y Siete. Después volvió a virar en Columbus Avenue, hacia Broadway. Implacable, O'Brien prosiguió la cacería en medio de la jungla de luces, asfalto charolado y altos edificios encristalados.

La persecución prosiguió todavía un cierto tiempo, a medida que se iba aclarando el denso tráfico, y el periodista temía ser descubierto, ya que no eran tantos los vehículos que se interponían entre él y su perseguida. Pero nada en la regular marcha del coche de ésta hacía pensar que hubiera notado nada anormal por el momento.

De pronto redujo su marcha, cuando llegaba a la altura de la Calle Setenta y Dos, tomó por Amsterdam Avenue lentamente, dificultando de modo considerable las cautas maniobras de O'Brien, y al fin enfiló por una puerta abierta de una residencia ajardinada, justamente en la Ochenta y Ocho, muy cerca de los parques de Hudson Parkway, perdiéndose en la rampa ascendente de la mansión.

Había llegado a su destino. Clark O'Brien respiró hondo, pasó ante la casa de largo, sin cometer el error de detenerse, viró en la esquina inmediata, aparcando allí, y asomando con cautela, por si había sido una maniobra de la otra, y volvía a salir del lugar elegido.

No ocurrió así. El periodista respiró hondo, encendiendo un cigarrillo. Estaba lo bastante alterado como para que le temblara el pulso, cosa poco frecuente en él. Pero tampoco era habitual que presenciara un asesinato. Y no hacía ni media hora que había asistido a uno, en pleno centro de Manhattan, y en medio de la multitud.

Ahora posiblemente tenía la fortuna de conocer el dato fundamental: el domicilio de la criminal y, por tanto, su identidad. Abrió la portezuela del coche. Lamentó no tener un arma y viajar solo. No es que temiera a una mujer, pero ¿qué había detrás de una dama capaz de atravesar con un estilete el corazón de un hombre en plena ciudad, con la mayor frialdad del mundo, para luego arrebatarle su maletín y huir de allí como si nada hubiera sucedido?

Avanzó por la acera con cautela hasta la esquina. Se asomó a ella, precavido. La zona aparecía totalmente desierta.

Los globos de luz del alumbrado público, entre arboledas y setos de césped, eran como mortecinos halos de claridad en la llovizna insistente. Una ligera bruma, procedente del Hudson, empañaba la atmósfera en aquella parte de la ciudad.

El edificio se veía borrosamente tras la verja, la puerta sin cerrar y la oscuridad de un jardín no demasiado amplio, pero de altos setos bien recortados. Era sin duda una casa lujosa y cara. Abundaban en aquel distrito de Manhattan. Casas de millonarios y gente de elevada posición.

Recordó que llevaba en su guantera una cámara «Polaroid». Se apresuró a tomarla consigo. No pensaba fotografiar nada del exterior, porque utilizar el flash en esos momentos, podía estropearlo todo, si el fogonazo del bulbo era visible desde el interior. Pero no sabía lo que podía ocurrir después, y la cámara era un modelo reciente, muy manejable y plano. Lo guardó bajo su gabardina, y aplastó el cigarrillo en el asfalto, echando a andar resueltamente hacia la cara. Sobrepasó un buzón postal de la solitaria calle, y se detuvo bajo una farola que proyectó su luz vertical crudamente sobre su figura. Le dio la impresión ridícula de estar parodiando un viejo filme de intriga de Dick Powell o de Humphrey Bogart.

Sólo que esto no era una película. Era real. Se había cometido un brutal asesinato a menos de veinte yardas de donde él estaba en ese momento. Y quería saber, cuando menos, quién era responsable de ello y por qué. Luego sería el momento de avisar a la policía. Cuando la noticia fuese ya suya, y pudiera llevar un reportaje vivo y palpitante a su periódico. O'Brien era un enamorado de su oficio. La noticia estaba por encima de todo. Ese había sido su credo durante años, y no iba a cambiar ahora.

Había muchos problemas para aventurarse a indagar dentro de la finca, pensó mientras estudiaba pensativamente la puerta abierta de par en par, invitadora y peligrosa. El primero, podían ser los perros. Nada le aseguraba que no hubiese perros escandalosos en una mansión así. Por otro, estaban los propios ocupantes de la vivienda. ¿Estaba sola la mujer misteriosa, o había alguien más con ella bajo el mismo techo? ¿Era aquél su domicilio, realmente, o el de un cómplice o encubridor, a quien ahora estuviera informando?

No bastaba con saber que ella había entrado allí. Si quería llegar al fondo mismo de la cuestión, era preciso correr algún riesgo. Entrar allí, por ejemplo.

Estaba decidido. Avanzó hacia la puerta. Junto a ella, sobre la obra de la cerca, se veía una placa metálica con un nombre. Nada más que eso.

Podía ser una sola persona o toda una familia. O incluso una entidad comercial. El nombre de Gesserson no le dijo nada en absoluto. Era algo frío e impersonal por sí solo.

Se decidió. Pisó el umbral. Avanzó hacia el sendero de grava que subía en pendiente suave hacia alguna parte, por entre frondosos setos bien cuidados. El agua hacía un rumor sordo allí, al golpear la hojarasca el suelo de piedrecillas.

El periodista no captó señal alguna de la presencia de perros. Hubiese sonado ya algún ladrido al captar la presencia de un extraño. Caminó con decisión pendiente arriba. Si alguien le sorprendía, podía pretextar muchas cosas: un error, unas señas equivocadas... Faltaría que lo creyesen, pero ése era el riesgo a correr. O'Brien sabía que, sin algún peligro por medio, no era fácil dar con un reportaje de semejante magnitud.

Paso a paso iba adentrándose en la residencia desconocida. Los setos le rodeaban ya por doquier. Alcanzó un punto elevado del terreno, y las luces de la casa aparecieron ante él.

Ya había ido demasiado lejos para volverse atrás, pensó escuchando los latidos de su corazón. Examinó la fachada atentamente. Había luz en el porche y en la planta baja. Allí nadie parecía ocultarse de nada. Puertas abiertas, luces... Tal vez era la táctica ideal para alejar toda posible sospecha.

Cruzó con rapidez el claro, llegando a la zona más oscura de la fachada, justo en una de sus esquinas. Desde allí dominaba todo el porche alumbrado. Advirtió ventanas bajas, encristaladas, asomando al oscuro jardín. Tenían verjas de hierro, sin duda como medida de seguridad contra posibles merodeadores, pero eso era todo. Los postigos estaban sin cerrar, y la luz interior era visible desde allí. Agazapado, avanzó en esa dirección, preparando su «Polaroid» para cualquier trance favorable que le permitiera tomar una fotografía.

Cuando estuvo ante una de las ventanas, su corazón palpitaba con fuerza. La sensación de riesgo grave, de peligro inminente, se mezclaba en él con la excitación profesional de saberse al borde mismo de la gran noticia.

Asomó cauteloso por uno de los amplios ventanales. Contuvo el aliento. Sus manos mojadas oprimían la cámara instantánea con nerviosismo de novato. Se asombraba de ser él aquel mismo Clark O'Brien que en el periódico gozaba fama de duro y curtido.

Captó un amplio espacio de una habitación confortablemente amueblada, decorada alegre y coquetamente, sin lujos ni excesos, pero sin faltar detalle alguno que la hiciese acogedora y llena de comodidades.

No había nadie allí, Pero sobre la mesa donde reposaba un teléfono y un vaso de combinado, descubrió algo que aceleró sus palpitaciones.

Un maletín plano, de ejecutivo, de piel negra y estructura aluminizada. El maletín del hombre asesinado en la calle Cuarenta y Dos.

Estuvo tentado de hacer la primera fotografía, para obtener así una evidencia concreta del hecho. Pero se contuvo. Y lo hizo muy a tiempo, aunque en esta ocasión no pensaba utilizar el flash. La iluminación interior le parecía lo bastante buena como para lograr una fotografía relativamente limpia, sin correr un riesgo estúpido.

De repente, se abrió una puerta al fondo de la estancia. O'Brien se pegó al muro, sintiendo que el sudor se mezclaba en su piel con la humedad de la lluvia.

Era ella.

La mujer asesina. Aún llevaba su impermeable negro y los guantes. Sólo eso. Ya no lucía la gorrita en forma de boina. El cabello le caía en cascada. Era pelirroja, hermosa. Y joven. No llevaba gafas negras tampoco. Los ojos tenían un suave color humo, un gris tenue y enigmático. La figura era espléndida, sin duda. Estaba empezando a desabrochar su impermeable negro. Debajo, apareció un ceñido suéter de angora gris. Poseía pechos firmes y no demasiado grandes.

Fascinado, Clark O'Brien casi olvidó lo más importante: la noticia. Y también el crimen brutal, despiadado, cometido ante sus mismos ojos por aquella mujer encantadora y llena de seducción.

Estaba parada junto a la mesa, contemplando pensativa el maletín. Parecía satisfecha de sí misma. No se veía en su bonito rostro la menor señal de inquietud, temor o remordimiento. Incluso una sonrisa, fría y calculadora, asomaba a sus labios gordezuelos.

O'Brien esgrimió su «Polaroid». Se pegó al cristal y disparó el resorte. Había encuadrado lo fundamental: la mesa, el maletín, la mujer de negro impermeable... Empezó a salir el rectángulo de la fotografía, todavía sin revelar, por la ranura de debajo.

Antes de poder retirarse del rectángulo luminoso, ella le vio.

Fue un maldito error suyo no apartarse con rapidez, apenas hecha la fotografía. Su confianza le había perdido. Había suficiente luz en el porche para revelar su presencia allí. Y ella le descubrió sin lugar a dudas.

El rostro femenino, joven y hermoso, sufrió una radical alteración. Los ojos centellearon, convertidos en dos diminutas

puntas heladas. La boca se crispó en una mueca cruel. Sonó una sorda imprecación entre los dientes de la mujer, y se precipitó con rapidez hacia la salida de la habitación.

Clark O'Brien sabía que estaría armada. Y que no vacilaría en matar. Si daba con él en estos momentos, su vida no valdría nada.

Echó a correr desesperadamente hacia la rampa de grava. Entre sus dedos empapados de agua de lluvia, se iba revelando lentamente el rectángulo de la fotografía. Ni siquiera podía comprobar ahora si había logrado una buena o mala fotografía. No era el momento de preocuparse por eso. Oyó atrás, a su espalda, una puerta que producía un seco chasquido al ser abierta. Pisadas rápidas sonaron tras él. Un taconeo frenético sobre la grava mojada, crujierte.

Parecía ridículo huir de una mujer, pero el reportero sabía lo que se hacía. Aquella hermosa joven debía de ir armada. Y no tardó en comprobarlo. Sonó un seco taponazo en alguna parte, y un abejorro de metal zumbó cerca de él, desgarrando la hojarasca de un seto.

Una bala disparada con silenciador.

Corrió con mayor prisa que nunca, angustiosamente, sabiendo lo cerca que estaba la muerte de él en estos momentos. La hermosa desconocida no pensaba dejarle huir con la evidencia de su crimen, de eso estaba bien seguro O'Brien, que cuando alcanzó el umbral de la verja, escuchó otro sonido áspero y sordo tras él, y un nuevo impacto entre la hojarasca.

Debía de ofrecer un buen blanco ahora, recortándose contra la luz de la calle, porque la asesina insistió de nuevo. Y esta vez, acertó.

O'Brien exhaló un gemido ronco al notar el mordisco cálido del proyectil en su espalda. Desesperadamente, se controló, para no caer de rodillas, vencido por el dolor, que subía como un trallazo hasta su cerebro, a lo largo de la espina dorsal, y terminaba cegándole por momentos.

Alcanzó la acera, notando que algo cálido y húmedo corría por su espalda, contrastando fuertemente con el frío de la lluvia que empapaba sus ropas, y notó un fuego lacerante en alguna parte de su pecho. Posiblemente la bala le había interesado algún pulmón, pensó con angustia, sin dejar de correr, aunque cada vez le resultaba más difícil conseguirlo.

Cuando dejó atrás la puerta de la casa, hurgó en sus bolsillos, desesperado, sin dejar de correr. Halló un sobre arrugado. Siempre llevaba dos o tres encima, para cualquier envío de urgencia al periódico. Iban ya con las señas del diario escritas en él, y un franqueo adherido. En su oficio, muchas veces unos segundos eran preciosos, o se carecía de pluma o de sellos. El era un hombre previsor.

Corrió con creciente cansancio y dolor. Tosió, y algo rojo

oscuro escapó de sus labios. Notó en la boca el sabor acre y salobre de la sangre. Ardía su pecho al respirar, y sus piernas vacilaban ya. No había duda. Le habían dado en los pulmones.

Ella aún no asomaba a la puerta de la casa. Le llevaba alguna ventaja que pronto quedaría neutralizada. Si hubiera tiempo suficiente para hacer lo que pensaba.

Metió la fotografía en el sobre arrugado. Pegó la goma de éste, tras mojarla en su saliva sanguinolenta. Nada más. Ni un mensaje, ni un texto. Nada. No tenía tiempo, fuerzas ni ocasión para hacerlo. Pero conocía bien a su redactor jefe. El haría lo necesario, averiguaría lo preciso, si para entonces Clark O'Brien estaba muerto, como él mismo temía. Este sería, a fin de cuentas, su póstuma hazaña periodística...

Se aferró al buzón de la calle, con un agotamiento ya casi total. Vomitó sangre. Pero sus dedos temblorosos e inseguros, introdujeron en la ranura el sobre cerrado. Este cayó dentro, al fondo del buzón...

Lo había logrado. Casi sonrió triunfalmente. En ese instante, la figura de mujer, aún con impermeable negro, asomó a la puerta de la verja. Le miró fríamente. Alzó su mano armada con la pistola provista de largo tubo silenciador.

O'Brien se apartó del buzón, echó a correr con sus últimas y débiles fuerzas. Llegó hasta la misma esquina. Se detuvo, tambaleante, a punto de caer. Ella, con una frialdad implacable, hizo fuego. Su dedo apretó el gatillo del arma. Una, dos, tres veces.

Tres balas se clavaron en la espalda de Clark O'Brien. Este se agitó con cada impacto. En la calle, solamente sonaron sordos taponazos. Un repetido «ploc» de apariencia incongruente.

El periodista cayó de bruces en el asfalto. Cuando su rostro besó el suelo mojado, ya estaba muerto. Una de las balas había perforado limpiamente su corazón.

La mujer corrió hacia él, tras mirar en torno a lo largo de la desierta calle. Se agachó junto al cadáver. Le registró con rapidez, recuperando la «Polaroid», pero sin dar con rastro alguno de la fotografía tomada en su residencia. Maldijo entre dientes, mirando en torno. Recorrió la acera sin hallar rastro de esa fotografía.

—Debió caérsele dentro de la casa —murmuró entre dientes—. No la lleva consigo, eso es seguro...

Renunció a seguir buscando, porque era peligroso para ella ser hallada cerca del cadáver. Regresó a la casa. Esta vez, aseguró la puerta de entrada. La verja se cerró. La lluvia arreciaba, limpiando con rapidez las gotas de sangre que, en reguero,

marcaban la fuga de Clark O'Brien, el periodista que no pudo escapar a la muerte.

Pero que había enviado a su periódico la prueba de su último reportaje.

Y con él, la clave de un asesinato.

CAPITULO II

Frank Slade contempló en silencio a su jefe.

—¿Cómo ha llegado esta fotografía a su poder, señor? —preguntó.

—Sencillo, aunque parezca complicado, Slade —suspiró Edgar F. Cavanaugh, de los Servicios de Inteligencia del Gobierno de Estados Unidos—. Nuestro hombre de Centroamérica llegó a Nueva York en la fecha prevista, con las pruebas que evidenciaban la existencia de un complot extranjero en la revolución de ese país que todos conocemos. Era la prueba de que no se trata de un golpe de Estado local, sino de un plan cuidadosamente elaborado por una potencia enemiga, para controlar la situación en ese punto, y desde allí iniciar la cadena de actividades contra Estados Unidos que habíamos sospechado.

—Ese hombre era Aaron Parker, ¿no es cierto?

—Sí, Slade, muy cierto. Aaron Parker, nuestro mejor hombre en Centroamérica. Y fue asesinado de una puñalada en el corazón, en pleno centro de Manhattan, cuando acababa de dejar el tren en la Grand Central Terminal.

—¿Por qué viajó en tren y no en avión?

—Creímos que le sería así más fácil burlar a sus adversarios.

—Pero no lo fue.

—No, por desgracia, no lo fue, ahora lo sabemos —suspiró con pesar Cavanaugh—. El reportero del *Mail*, Clark O'Brien, debió pasar en ese momento por allí, según hemos deducido, puesto que nada nos consta realmente. Coincide con el hecho de que la calle Cuarenta y Dos, a la altura de la Grand Central, era su sitio habitual de paso hacia su domicilio, aproximadamente a la hora en que fue asesinado Parker. Coincidiendo esos hechos, es fácil suponer el resto: O'Brien presencié el crimen y siguió al criminal hasta un lugar determinado, donde obtuvo esa fotografía. La evidencia definitiva es que, ampliada la imagen, podemos ver las iniciales A. P., de Aaron Parker, en un ángulo del maletín que aparece junto a esa mujer del impermeable negro. La goma del sobre que O'Brien envió a su periódico, muestra señales de sangre mezclada con la saliva que lo humedeció. Y hay también una gota de sangre en un ángulo del sobre. Esa carta fue depositada en un buzón de la zona norte de Manhattan, exactamente en el distrito de Hudson Parkway, según el servicio de recogida postal, a juzgar por su matasellos. De modo que algo está claro: el asesino, sorprendido por el periodista, persiguió y mató a éste en la vecindad de esa casa donde se hallaba el maletín robado a la

víctima del crimen de la calle Cuarenta y Dos.

—Una deducción simple y perfecta —aprobó Slade con una profunda inspiración, afirmando con la cabeza—. Pero ¿quién es la mujer de la fotografía?

—Esa es ya tarea suya, Slade. Hemos estudiado disimuladamente la zona, con ayuda de la policía. El lugar donde cayó asesinado a balazos Clark O'Brien está justamente a poca distancia de un buzón que pudo ser el que recogió esa carta, y es un barrio residencial bastante lujoso. Un agente mostró esa fotografía a un par de vecinos de la zona, y obtuvo un solo dato: esa mujer frecuenta ese barrio. Ha sido vista varias veces últimamente, aunque nadie sabe su nombre. Evidentemente, reside por allí, aunque en el supermercado más cercano no obtuvimos datos concretos ni nadie pareció identificarla. Es usted, Slade, quien debe ocuparse de localizarla.

—Bien, lo haré, señor.

—Naturalmente, ni remotamente debe presentarse como agente del Gobierno para semejante tarea.

—No soy un novato, señor —sonrió Slade.

—Lo sé. No sólo eso, sino que es uno de nuestros mejores agentes. Por eso le he hecho llamar. Confío en usted. El asunto de Parker era altamente confidencial y grave para la seguridad de nuestro país y su política en Centroamérica, de modo que de usted dependerán ahora muchas cosas. Procure no pisar en falso. Ya van dos cadáveres, y no desearía que el suyo fuese el tercero.

—Procuraré poner de mi parte todo lo posible por evitarlo —sonrió Slade con buen humor, examinando de nuevo la fotografía—. ¿Puedo quedarme con ella, señor?

—Sí, hágalo. Hemos hecho sacar copias u ampliaciones suficientes de esa fotografía. Esa es también una copia, después de todo. Que le sea útil.

—Muy amable, señor.

Frank Slade abandonó el despacho de su jefe. Iniciaba su tarea en un caso aparentemente sencillo. Pero él mismo ignoraba el enloquecedor callejón sin salida hacia el que caminaba cuando inició su desplazamiento a Hudson Parkway, al oeste de Manhattan.

* * *

Frank Slade bostezó, encendiendo un cigarrillo. Contempló la puerta enrejada que daba acceso a la propiedad. Sobre una placa

de metal, un simple nombre, sin duda el apellido con sus ocupantes, sin más datos:

GESSERTON

Miró a través de los barrotes de metal de la entrada. Un sendero de grava subía una suave rampa. No se veía a nadie. Ni siquiera rastro de un portero o de perros guardianes. Los altos setos y la arboleda del jardín aparecían brillantes de lluvia, a causa de las precipitaciones de los últimos días sobre Nueva York.

Seguía siendo un asunto aparentemente sencillo. Slade no había tenido problemas para dar con la mujer de la fotografía instantánea. En el supermercado y en otros establecimientos, nada sabían de ella. Pero buscando por otro lugar, había terminado por hallar la pista necesaria.

Primero fue un cercano surtidor de gasolina. Luego una peluquería inmediata. Y, finalmente, la identificación definitiva se la dieron en una tintorería.

—Esa es la señorita Gesserson, no hay duda —le dijo la encargada, asintiendo al ver la fotografía. Luego había hecho una pregunta en tono preocupado—. Es toda una dama. Tan bella y encantadora... ¿Le ocurre algo acaso?

—No, no —negó Slade con indiferencia, recuperando la fotografía—. Es algo mejor que eso. Represento a una firma legal. La buscamos para entregarle una herencia familiar.

No supo si se lo creían o no, aunque la empleada parecía lo bastante ingenua para admitir una excusa semejante. Ahora ya sabía que era una mujer llamada Gesserson. Y en aquella casa vivían los Gesserson, fuesen ellos quienes fuesen.

Dirigió la mirada en uno y otro sentido. A sólo cincuenta yardas de allí, había aparecido el cadáver del periodista Clark O'Brien, cosido a balazos. A mitad de camino, se alzaba un buzón del servicio postal. Significativo, sin duda alguna.

Suspiró, pulsando un timbre situado junto a la puerta, en un rincón. No oyó nada, pero sin duda debía de sonar en alguna parte de la amplia propiedad. Esperó, fumando sin prisas no nerviosismo.

Al final, una voz surgió por una rejilla, junto al timbre. Su sonido metálico casi le sobresaltó.

—¿Quién llama?

—Frank Slade —dijo brevemente.

—¿Qué desea? ¿Quién es usted? —insistió la voz femenina.

—Soy abogado. Represento a la firma Slade & Slade, de Nueva York. Busco al titular de una herencia de la familia Gesserson.

—Sí, aquí residen miembros de la familia Gesserson —convino la voz, tras una duda—. Pero no sé nada sobre una supuesta herencia... y

me encuentro sola en casa.

—¿Quién es usted? —indagó Slade—. ¿Un miembro de esa familia?

—No, no —hubo una risita metálica—. Soy Amy, la doncella. No sé si dejarle pasar, señor Slade...

—Déjelo. Si lo prefiere, volveré en otro momento. Pero se trata de una herencia de casi un millón de dólares. Puede interesar mucho a sus señores...

—Espere —cortó la voz—. Le abriré. Un momento, por favor.

Slade sonrió, asintiendo. Cesó la comunicación por el sistema interior de la casa. Esperó sin prisas. Sabía que ciertas cifras hacen milagros.

No tardó ni tres minutos en aparecer en lo alto de la senda de grava la muchacha rubia, esbelta y joven, que descendió con taconeo ligero la ladera, hasta detenerse al otro lado de la puerta. Unos ojos azules y picaros se fijaron en él curiosamente. Slade sonrió. La doncella Amy era de la clase de chicas que le gustaban. Claro que a él le gustaban todas las mujeres, en realidad.

—¿Puede demostrarme que es abogado, señor Slade? —preguntó ella, cautelosa.

—Claro —Frank amplió su sonrisa. Tenía documentos a su nombre y a otros diversos, aparentemente legales por completo, para cualquier circunstancia. Mostró su credencial de abogado, más falsa que el beso de Judas, pero con todos los requisitos legales que requiere un documento así. Para algo los hacía el Tío Sam, especialmente para sus agentes—. Me gusta su modo de hacer las cosas. Hoy en día, no puede uno fiarse de nadie, señorita.

Amy le abrió sin más trabas. Zumbó el sistema automático al ser accionado, y las hojas enrejadas se deslizaron a ambos lados. El pisó la grava mojada, y echó a andar junto a la muchacha.

—¿Dice que está sola? —indagó.

—Sí. Las señoritas han salido hoy. No tardarán en volver.

—¿Señoritas? —dudó Slade—. ¿Son varias las mujeres que residen aquí, miembros de la familia Gesserson?

—Sí, son dos. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada. Yo busco a una mujer llamada Gesserson, es todo lo que sé.

—Pues va a serle difícil saber a quién busca, a menos que no conozca otros datos —rió Amy con envidiable humor, sin dejar de caminar a su lado.

—¿Por qué? Si solamente son dos...

—Mire, señor Slade, yo llevo poco tiempo aquí, al servicio de las señoritas. Solamente una semana en total... Y la verdad es que todavía no he sabido distinguir a una de otra, si he de serle sincera. De modo que usted...

—¿Quiere decir...? —Frank la miró, perplejo, sorprendido por las palabras de la joven— Quiere decir... que ambas son... ¿parecidas entre sí?

—¿Parecidas? —Amy soltó una suave carcajada—. Algo más que eso, señor Slade. Yo diría que las señoritas Vivian y Velda Gesserson son *idénticas*. Dos hermanas gemelas que es casi imposible diferenciar entre sí...

* * *

Gemelas.

Idénticas entre sí. Dos hermanas exactas, a las que una doncella con una semana de estancia en la residencia de Hudson Parkway ni siquiera sabía distinguir en absoluto.

Y eso tenía que sucederle a él. Se maldijo entre dientes muchas veces, durante el camino hasta la casa. Todo tan sencillo hasta este momento... y de repente se complicaba, multiplicándose por dos.

Había una sospechosa casi cierta. Si su físico coincidía con aquella fotografía de cámara «Polaroid», todo estaba claro, resuelto. Y, de pronto, todo eso se desmoronaba por una razón casi increíble, una casualidad fantástica. Eran gemelas. Dos hermanas iguales entre sí.

—¿Cuál de las dos, entonces?

Ahora la cosa cambiaba. Tendría que probar que era una de ellas. Y que la otra era ajena a aquella fotografía y a aquel doble crimen que estaba investigando para el Gobierno.

También hacía una semana desde la muerte de Aaron Parker en la calle Cuarenta y Dos y de Clark O'Brien en aquella vecindad. Una semana durante la cual viajó la carta de O'Brien a su periódico, dudó éste entre publicarla o informar a la policía, reteniendo esa fotografía como evidencia. Y cuando un hombre con las iniciales A. P. fue localizado muerto, y esas iniciales coincidieron con las grabadas en el maletín fotografiado por O'Brien, y ese hombre resultó ser un agente de la CIA, el asunto pasó directamente al Gobierno.

—¿No existe ningún medio de diferenciar físicamente a las señoritas Gesserson? —insistió Frank, pensativo.

—No, ninguno. Ya lo he intentado —suspiró Amy—. Yo no seré muy lista, pero... Las considero idénticas.

—¿Y anímicamente? Me refiero a su carácter, modo de comportarse y todo eso...

—Bueno, ahí sí hay diferencias. Una es muy dulce y amable. La otra, seca y fría. Pero sigo sin saber quién es de un modo y quién de otro. A veces creo saberlo, y pienso que la señorita Vivian es la más agradable de las dos. En otras, me parece equivocarme y que es la señorita Velda quien resulta más grata y simpática. La verdad, estoy hecha un lío. Nunca me encontré en una situación así con ninguna

patrona, señor Slade.

—Lo comprendo. Debe resultar muy incómodo no saber nunca a quién se dirige uno cuando habla... —Frank arrugó el ceño, con una sonrisa burlona—. Yo espero tener más suerte que usted, si debo localizar a la heredera...

—Siendo hermanas ambas, ¿no corresponde a las dos esa herencia?

—No, me temo que no —rechazó vivamente Frank—. Yo sólo tengo referencias sobre una sola de las Gesserson. Y ella será quien herede.

—¿Quién, exactamente? ¿La señorita Vivian o la señorita Velda?

Frank vaciló de nuevo. Temía meterse en un atolladero sin arriesgar demasiado en su farsa. Optó por salir de la situación de un modo ambiguo, evasivo:

—No poseemos esos datos, de momento. Sólo una fotografía no demasiado buena, unos informes familiares y unos documentos confidenciales para su identificación. Espero que sea suficiente.

—Yo también —se detuvo en el porche, sonriente—. Me cae usted simpático. Le deseo suerte en su trabajo, señor Slade. Pase, por favor, y espere a las señoritas en el gabinete. No pueden tardar ya mucho...

Entró Frank en la casa. Cuando pisó el *living*, sintió un escalofrío.

Era el mismo lugar de la fotografía. El salón fotografiado por Clark O'Brien poco antes de morir, con una mujer de negro impermeable erguida junto al maletín robado a Aaron Parker, el agente de la CIA.

No cabía duda. Aquélla era la casa, aquél el recinto impreso en la cartulina instantánea. Estaba en la misma boca del lobo. Seguramente en la casa de la persona que mató al hombre de Centroamérica, por orden de la misma potencia extranjera que movía los hilos de una revolución sangrienta en los países de esa área del continente, con vistas a provocar una escalada de violencia de la que resultaba favorecido su potencial bélico en torno a territorio norteamericano.

—Síntese. ¿Desea que le sirva algo? —se ofreció Amy suavemente.

—No, gracias. Esperaré. No me apetece cosa alguna, se lo aseguro, Amy... —se acomodó en el mismo sofá desde el cual se dominaba la ventana enrejada que daba al claro. Una idea le asaltó. La ventana... Desde allí, dado el encuadre, había sido hecha, sin duda, la fotografía de Clark O'Brien. Trató de disimular su interés por ese detalle, haciendo una pregunta trivial a Amy—.

¿Dice que lleva aquí una semana?

—Exactamente, señor Slade. Hoy se cumple. Se publicó un anuncio en el periódico, y yo acudí a él. Me admitieron en seguida.

—¿La recibieron las dos hermanas?

—No. Una de ellas. Luego llegó la otra, y me quedé pasmada ante su semejanza. Era como ver a una de ellas reflejada en un espejo...

—Un espejo... —asintió Frank despacio—. Sí, entiendo. Un espejo en el que una mitad puede ser luz... y la otra sombra.

—¿Cómo ha dicho? —se extrañó Amy.

—No, nada. Hablaba conmigo mismo.—Slade sacudió la cabeza—. Hay un cuento infantil donde se juega con la imagen del espejo. Pero todo lo que en él se refleja, cuando se pasa a través del espejo, es idéntico... aunque a la inversa.

—*Alicia en el país de las Maravillas* —rió Amy jovialmente—. Lo he leído.

—No. Sufre un leve error, Amy. Me refería a la segunda parte de esa obra: *Alicia a través del Espejo*.

—Oh, es verdad... —Amy se ruborizó, bajo la mirada de Frank—. Qué tonta soy...

—No, no es tonta, ni mucho menos. Es un error que se comete fácilmente, puesto que son dos relatos muy afines y paralelos en su temática. Veo que ha leído usted, Amy.

—Sí, es algo que me encanta —suspiró ella—. Las señoritas tienen una espléndida biblioteca.

—Oh, entonces ellas también son cultas y bien preparadas...

—Por supuesto. Me gusta encontrar señoras así. En este trabajo, a veces se tropieza una con cada persona... Y lo malo es que siempre hay que obedecer, callar aunque no tengan la razón... Con las señoritas Gesserson no ocurre igual. Son tan discretas, tan educadas...

—Pero usted dijo que una era más desagradable que la otra...

—Eso es diferente. Una es encantadora. La otra resulta, a su lado, dura y fría, poco amable. Pero siempre correcta, siempre educada con los demás...

—Sí, entiendo. Bien, Amy, gracias por todo. Si tiene algo que hacer, no lo deje por mí. Yo puedo esperar aquí, si no tardan demasiado en volver... Si no, vendré en otra ocasión.

Lo decía por cubrir las apariencias. En realidad, no pensaba marcharse de allí bajo pretexto alguno, en tanto no viera a las dos hermanas Gesserson.

No tuvo mucho que esperar. Momentos más tarde, un coche se deslizaba suavemente ante él, por el claro, hasta detenerse frente a un anexo cuya puerta cedió automáticamente, dando entrada a un garaje.

Frank miró por la ventana. Era un Cadillac color azul cobalto, de brillante y moderna carrocería. Una mujer iba al volante. Apenas si pudo vislumbrarla, pero el gris nuboso del día se reflejó con destellos caoba en su pelo. Era pelirroja.

Pelirroja. Como la mujer del impermeable negro. Regresó a su asiento, dominando su excitación. Oyó voces en el claro momento después. Amy y la recién llegada hablaban entre sí. Las escuchó, caminando por el interior de la casa, hacia el *living*.

Cuando levantó los ojos hacia la puerta, ella estaba allí. Alta, elegante, pelirroja, tremendamente atractiva. Unos ojos color humo se fijaban en los suyos. Una expresión inescrutable aparecía en su bonito rostro. Le estudió fríamente.

—¿Señor Slade? —preguntó.

—Sí, señorita —Frank se incorporó vivamente, tendiendo a la joven una tarjeta de visita con su nombre y el aditamento de «abogado» debajo, con una dirección y un teléfono de los que disponía para tal efecto. Si alguien pedía informes sobre el abogado Frank Slade al Colegio de Abogados de Nueva York, siempre habría una respuesta satisfactoria para el comunicante. Esos detalles no podían pasarse por alto cuando un agente federal actuaba en condición de supuesto jurista—. ¿La señorita Gesserson?

—Eso resulta obvio, ¿no? —sonrió la otra con cierta frialdad—. Sí, soy Velda Gesserson. He regresado de un largo viaje recientemente. ¿A qué debo el honor de esta visita?

—Tal vez su doncella le habrá dicho ya algo sobre...

—Me lo ha dicho —su modo de cortarle era seco, tajante—. Sin duda hay un error en todo esto, señor Slade. No espero herencia alguna de nadie.

—¿Y tampoco su hermana, señorita Gesserson?

—Supongo que no. Tenemos el mismo número de parientes: ninguno en absoluto.

—¿Y no tuvieron a alguno que pudiera dejarles una herencia?

—Ninguno, que yo sepa.

—¿Y algún amigo entrañable?

—Menos aún, señor Slade. Es evidente que sufre un error. Se tratará de otras Gesserson.

—No puedo revelar el nombre del testador mientras no esté absolutamente seguro de la identidad de su heredera, pero no me dejo vencer tan fácilmente, señorita. No dejaré esto hasta no estar convencido de que ninguna de ustedes dos es la heredera real.

—Si es cierto que se trata de casi un millón de dólares, comprenderá que sería la primera en tener interés por la cuestión. Pero sé que sería inútil. Ha de tratarse por fuerza de un error. No

somos nosotras las herederas, se lo aseguro.

—Eso debo juzgarlo yo, aunque ustedes luego son muy dueñas de aceptar o rechazar la fortuna que hereden. Por favor, deje que cumpla mi tarea.

—Si insiste... —ella se encogió desdeñosamente de hombros—. Pero evidentemente, no va a conducirle a ninguna parte, señor Slade. Hay otros Gesserson en Nueva York, eso es evidente.

—No es un apellido tan corriente como pueda creer. Ya hemos descartado de modo definitivo a seis damas llamadas Gesserson. Ustedes y dos más, son todo lo que nos queda en la ciudad de Nueva York.

—¿Forzosamente hemos de ser una de nosotras, aquí en esta ciudad?

—Si, forzosamente. Así lo afirma nuestro cliente en su última voluntad —mintió Frank con una frialdad increíble.

—Es usted muy obstinado, señor Slade —casi se irritó Velda Gesserson.

—No lo sabe usted bien —rió Frank con buen humor. Se inclinó, ceremonioso, ante la bella y elegante joven—. De todos modos, le ruego me disculpe. Seré muy breve. Unas pocas preguntas, y eso será todo, se lo aseguro.

—Adelante —ella se sentó frente a él, cruzándose de piernas y sonriéndole por vez primera, aunque con cierta frialdad aún—. Pregunte, señor Slade.

—¿Viaja usted muy frecuentemente? Creo que ha llegado de un largo viaje, según dijo al entrar...

—Así es. Debo viajar. Forma parte de mi trabajo.

—¿Negocios?

—En cierto modo solamente. Escribo. Libros de viajes, ensayos y todo eso. Firmo con seudónimo, claro. Usted quizá me haya leído alguna cosa, si le gusta leer, como me ha confesado Amy, nuestra doncella. Norma Jarrod es mi seudónimo profesional.

—Sí, la he leído —confesó Slade con sorpresa—. *Mi viaje al Polo Norte, Experiencias en los grandes trenes del mundo, Concorde y Tupolev...*

—Oh, por favor, pare ya —rió ella—. Veo que sí me ha leído. Le felicito. Es un hombre muy aficionado a la lectura.

—Me asombra usted. Nada menos que Norma Jarrod... Viaja mucho alrededor del mundo, por todos los países y lugares imaginables, señorita Gesserson.

—Viajo más que un espía —rió ella con buen humor, sobresaltando casi a Frank, puesto que lo dijo con la mirada fija en él—. Es raro el rincón del mundo que desconozco, la verdad. ¿Le ayuda eso a considerarme como heredera de esa fortuna, o bien me descarta definitivamente como tal?

—Verá... El legado es muy original y hermético. No aporta detalles demasiado reveladores, pero habla de una tal V. Gesserson, de unos veinticinco a veintisiete años...

—Vaya, es confuso e inquietante —suspiró ella—. La V. puede corresponder a mí o a Vivian, mi hermana. En cuanto a la edad, no puede descartarnos. Tenemos veintiséis años exactamente.

—Me lo temía —suspiró Frank a su vez—. Seguimos como al principio. ¿Su hermana también viaja?

—No. Ella es pintora. Artista. Ha viajado a Francia, a Italia... A los sitios donde el arte es algo importante, claro. Somos muy diferentes las dos.

—Amy no me dijo precisamente eso...

—Ella se refería a nuestro físico. Pero anímicamente no nos parecemos en nada. Vivian es extremadamente sensible, intuitiva y excitable. Una perfecta artista. Vive en un mundo aparte.

—Y usted... ¿cómo es?

—¿Exige el testamento que sepa usted eso? —bromeó ella, irónica.

—No, claro que no —confesó Frank—. Es cosa personal, perdóneme.

—Está perdonado. Lo cierto es que todo el mundo dice que soy más abierta y cordial que mi hermana Vivian.

—Al principio no lo parecía...

—Disculpe. Usted era un desconocido para mí. Y sé que a Vivian no le gustan las visitas. Por eso me mostré algo agria con usted. Le aseguro que no pretendí ser descortés.

—No lo fue. En seguida reveló su verdadera naturaleza. Por eso mi primera impresión resultó errónea, lo comprendí rápidamente.

—Ya veo. Amy le ha mencionado nuestra diferencia de carácter...

—Algo así. Pero no lo hizo a propósito, debe perdonarla.

—Claro. Es natural que advierta esas diferencias. Vivian no es demasiado sociable a veces. Y en ocasión, es incluso áspera con los que la rodean, incluida yo misma... Bien, veo que seguimos en un callejón sin salida. ¿Ha aclarado algo sus dudas?

—Ni lo más mínimo. ¿Veré pronto a su hermana?

—Pues... creo que va a tener suerte. Ya llega ahí —dijo Velda, incorporándose y dejando de mostrar sus bellas piernas a su visitante—. Creí que vendría más tarde.

En el exterior, se oyó rodar otro vehículo. Slade miró disimuladamente por la ventana. El coche que llegaba era un taxi. De él descendió una mujer elegantemente vestida de azul oscuro.

Se asombró. Amy tenía razón. Era la viva imagen de Velda Gesserson. Como una copia exacta de ésta. Dejó el coche y

caminó hacia la casa, mientras el taxi regresaba, sendero abajo. Frank esperó a conocer a la segunda de las hermanas Gesserson, preguntándose angustiadamente para sí:

«¿Quién de ellas dos? ¿Velda, la escritora y viajera? ¿Vivian, la pintora?»

Una pregunta que aún no tenía respuesta. Pero quizá faltaba poco para que hubiese alguna a su alcance.

CAPITULO III

La recién llegada reapareció en el corredor, con su hermana Velda, hablando ambas entre sí, animadamente, aunque en tono bajo, que hacía difícil seguir su conversación incluso a una persona tan aguda de oído como Frank Slade.

Ambas hermanas se detuvieron en el umbral, dirigiendo su mirada al interior. La recién llegada, en quien centró su atención, era pasmosamente igual a la otra. Ni el mejor experto en fisonomías del mundo, hubiera podido diferenciarla de Velda. Esta, con una suave sonrisa, le dijo a Frank brevemente:

—Aquí tiene usted a Vivian, mi hermana, señor Slade. Espero que su charla con ella le resulte útil. Yo voy a hacer algunas cosas arriba, con su permiso.

—Sí, gracias —asintió Slade vivamente—. ¿Le ha contado ya de qué se trata, señorita Gesserson?

—A grandes rasgos —sonrió Velda, alejándose hacia el fondo de la casa, sin más explicaciones. La oyó subir los escalones hacia la planta alta. Luego advirtió que Vivian Gesserson le estaba mirando fijamente, con una frialdad glacial, sin la menor expresión en su bello rostro, tan exacto al de su hermana.

—Bien, señor Slade —dijo lentamente Vivian—. De modo que es usted abogado...

—En efecto —carraspeó Frank, algo molesto ante aquellas pupilas frías y penetrantes, que ni siquiera cubría de vez en cuando un pestaño fugaz—. Supongo que su hermana le habrá mencionado un testamento...

—En efecto —le atajó, seca—. Un extraño testamento que no veo muy claro, señor Slade. ¿Quién era ese pariente nuestro que nos dejó su fortuna? Yo no recuerdo a nadie de la familia particularmente rico, ni capaz de dejarnos todo cuanto poseía...

Era asombroso. Slade no hubiera dado crédito a sus ojos ni oídos, de no haber sido porque estaba sucediendo ante sus ojos, porque había visto juntas a ambas hermanas. La semejanza física de Velda y Vivian Gesserson iba más allá de un simple parecido. Sus rostros, sus figuras, su aire, no podían ser más iguales. Ni una sutil diferencia entre una y otra. Pero eso no era todo. Estaba también su voz.

Sus voces eran exactamente iguales. Sin diferencia de timbre, tono o matiz. Si acaso, bastante más seca y cortante la de Vivian, pero eso era todo. Estudió unos momentos en silencio a la elegante dama de azul, fiel reproducción de la que él conociera anteriormente.

—No puedo revelar datos concretos, tales como nombre, lugar

de residencia del difunto, ni nada de eso, hasta no estar absolutamente seguro de que ustedes, o al menos una de ustedes, es la heredera de mi cliente. Es una de las normas del testamento, y no puedo traicionar la confianza depositada en mi en una última voluntad, como fácilmente puede comprender.

—Le comprendo muy bien —ella le estudiaba en silencio mientras él hablaba. Y al responderle, su tono era incisivo, mordaz. Frank diría que lleno de escepticismo y de dudas. Evidentemente, su carácter era muy distinto al de su hermana Velda, la escritora y viajera—. Pero aun así, sigo sin entender qué desea de mi hermana o de mí, señor Slade.

—Solamente llegar a una conclusión definitiva.

—¿Sobre qué, con exactitud? —le interrogó, implacable.

—Sobre su identidad, señorita Gesserson. Y la de su hermana, por supuesto. Hasta hoy, creí que esa herencia correspondía solamente a *una* persona. En estos momentos, albergo serias dudas, porque hay *dos* mujeres exactamente iguales, unidas por un lazo de consanguinidad y parentesco directos. Es posible que ambas tengan derecho por igual a esa herencia.

—No pensamos pelearnos por ella entre nosotras dos —sonrió con frialdad ella—. Es usted quien debe resolver, señor Slade.

—Lo sé, lo sé. Pero ustedes deben ayudarme...

—¿En qué sentido?

—No pone usted muy fáciles las cosas...

—Mire, señor Slade —suspiró, sentándose frente a él, de modo más lento y estudiado que su hermana, sin cruzar las piernas. Pese a ello, su falda azul subió un poco sobre sus rodillas. Evidentemente, además de bellas pantorrillas, tenía unos muslos maravillosamente formados. En eso también se parecían las dos—. Empiezo a cansarme de oír hablar de algo que carece de sentido para mí. No tengo familia que pueda dejarnos nada en herencia. Sin duda hay un error en todo esto, y otro Gesserson es la persona indicada. ¿No tiene datos suficientes para identificarla sin lugar a dudas?

—Si los tuviera, no estaría ahora dando palos de ciego por doquier —se quejó con amargura Slade, ante lo difícil de resquebrajar aquella hermética caparazón que envolvía a Vivian Gesserson—. ¿No quiere ayudarme, como hizo su hermana?

—Mi hermana tiene un modo de ser. Yo, otro —fue su réplica dura y tajante—. Lo lamento muy de veras, señor Slade. Pero no puedo ayudarle lo más mínimo. Dudo mucho que Velda haya podido ser más servicial con usted, puesto que sabe tan bien como yo la imposibilidad de esa herencia. Ahora, si no le importa, hablemos de algo más concreto, antes de continuar con esta absurda conversación.

—¿De qué, exactamente?

—¿Es usted abogado, según me dijo Velda?

—Así es —le tendió otra de sus tarjetas—. Nuestra firma es absolutamente honorable y eficiente. Puede confiar en nosotros para cualquier cosa.

—Lo tendré en cuenta cuando tenga necesidad de un abogado —suspiró ella, dejando la tarjeta en la mesa cercana—. Ahora, por favor, dígame el nombre de su cliente. Ya le dije que no me es posible, en tanto no esté seguro de la persona beneficiaría. Forma parte de las condiciones del testamento.

—En ese caso, lamentándolo mucho, aquí termina nuestra entrevista —su modo de actuar esta vez, fue de una gelidez mortal. Frank se puso en pie de un salto, al advertir que ella también se había incorporado con premura—. No tenemos nada más que hablar, créame. Se equivocó de personas. Busque a su heredero en otro lugar, señor Slade. Buenas tardes.

—Pero señorita Gesserson, ésa no es manera de...

—He dicho «buenas tardes», señor Slade —repitió, incisiva—. ¿Debo añadir algo más?

—No, supongo que no —Frank se encaminó a la salida, mientras Vivian Gesserson, inmutable, pulsaba un llamador—. No puede decirse que haya sido muy amable, pero lamento haberla molestado con mi presencia.

—No me ha molestado en exceso —repuso—. Ni tengo por qué ser amable con usted ni con nadie, señor Slade. Hasta otra vez. Le llamaré un día si le necesito.

—Confío en ello —gruñó Slade, sintiéndose derrotado y hasta humillado, cuando Amy apareció a la llamada de su patrona, para conducirla a la puerta—. Buenas tardes, señorita Gesserson.

Ella se limitó a mirarle sin expresión, y Amy le guió a la salida. Cuando Frank se detuvo en el recibidor, los ojos de Amy le sonrieron, comprensivos.

—Lo siento —murmuró la doncella—. Ya le dije que eran muy diferentes las dos en carácter...

—No hace falta que lo diga —resopló él—. Ya lo he notado... Bien, Amy, gracias por todo. Tal vez volvamos a vernos, pese a todo. Acostumbro a ser muy obstinado.

—Ella también —rió Amy de buen humor, abriéndole la puerta.

Frank salió de la casa con la desagradable impresión de haber sido arrojado de ella de una forma humillante, y sin haber logrado engañar a las Gesserson en lo más mínimo. Especialmente, a Vivian.

Cuando cruzaba el claro, hacia el sendero de grava, estuvo seguro de que le observaban. Giró la cabeza, y descubrió la fría expresión de Vivian en la ventana del *living*, siguiéndole con

mirada indiferente y poco amistosa. Elevó ligeramente la cabeza. Arriba, cayó una cortina de liviano tejido, pero no lo suficientemente rápida como para impedir que vislumbrase de modo fugaz una cabellera roja y un bonito rostro pegado al cristal. Velda también observaba su marcha.

Una era agradable y cortés. La otra, fría y hostil. Una de ellas mató a un par de hombres en un escaso margen de tiempo. ¿Cuál de ellas dos?

La pregunta seguía sin respuesta. Y el camino emprendido no era el adecuado para llegar a una conclusión definitiva.

«Habrà que actuar de otro modo —se dijo, caminando ya fuera de la mansión de las hermanas Gesserson—. Directamente, sin rodeos. A todo riesgo...»

* * *

La recepción tocaba a su fin.

Muchas personas de ambos sexos abandonaban la sala de conferencias del hotel Waldorf Astoria, tras haber obtenido el autógrafo en su volumen. Frank se dijo que, dada la cantidad de lectores que salían con su ejemplar, la venta debía de haber sido rentable para el editor que organizara la conferencia de la autora y la venta y firma posterior de autógrafos en los ejemplares vendidos. El último libro de Velda Gesserson había sido sin duda un éxito notable. O más bien debería decir el de Norma Jarrod, que era su nombre literario.

Nadie le impidió la entrada. Llegó a una sala de conferencias adornada con pósters de diversas cubiertas de libros de Norma Jarrod, con especial atención al último de ellos editado, que era sobre el que sin duda disertó su autora, antes de proceder a la firma de ejemplares: *La ruta del Oro Negro*.

Llegó ante ella, tras adquirir un volumen en la taquilla correspondiente, previo pago de diez dólares por el ejemplar. Lo puso ante ella, al llegar su turno en la cola que aguardaba.

—¿Nombre? —preguntó Velda, sin levantar los ojos del libro.

—Frank Slade —dijo él, sonriente.

Ella alzó los ojos con rapidez cuando empezaba a escribir el nombre de su lector en la dedicatoria. Le estudió con sus ojos inteligentes y sensibles, en los que pronto se derretía el hielo instintivo de su desconfianza hacia los demás, al revés de lo que sucedía con su frígida hermana. Le sonrió a su vez, terminando la dedicatoria. Su firma fue de rasgo breve y enérgico.

—Vaya, señor Slade... —comentó—. ¿Se cuenta entre mis lectores?

—Ya se lo dije la otra vez.

—No le vi en la conferencia...

—Me enteré algo tarde de ella. Pero no quise perderme mi ejemplar autografiado.

—Por favor, otros lectores esperan tras de usted... —rogó ella.

—Perdone, por supuesto... —se apresuró a apartarse, y una jovencita puso ante Velda Gesserson su propio ejemplar.

Terminó en breve su tarea. Sólo una docena de lectores más, y aquello había concluido. La sala de conferencias se quedó desierta, a excepción de ellos dos. La taquilla de venta se cerró. Velda le miró curiosamente, mientras introducía los papeles de su conferencia en un portafolios.

—Creo que todos se han ido ya —señaló ella, irónica.

—Todos, no. Está usted. Y estoy yo —rió Frank.

—Muy cierto. ¿Qué le hace suponer que es distinto a los demás? Apenas si nos conocemos usted y yo...

—Eso es cierto. Pero nos conocemos, aunque sea poco. ¿No puedo acompañarla a la salida?

—¿Por qué no? —echó a andar por entre las sillas vacías—. ¿Encontró a la persona que debía heredar esa fortuna?

—Sí —mintió Slade—. Tuvo razón su hermanita. Estaba equivocado. Localicé a una solterona, la señorita Valentine F. Gesserson, en New Jersey. Ella era la heredera de mi cliente.

—Mi hermana no se portó demasiado amable con usted, ¿no es cierto? —rió Velda.

—No, eso es cierto. ¿Se lo dijo ella?

—Me lo dijo Amy. Vivian es muy reservada. No hemos hablado de usted en absoluto, puede creerme.

—Oh, lo creo —aseguró Frank, riendo—. ¿Siempre es así?

—¿Vivian? Casi siempre —Velda meneó su pelirroja cabeza—. No podíamos ser iguales en todo, a fin de cuentas.

—No, supongo que no. Hubiesen parecido fabricadas en serie, la verdad.

—Bien, ya me ha acompañado —suspiró Velda, parándose en la acera del Waldorf y mirando a ambos lados de la calle—. Ha sido muy amable, señor Slade.

—¿Dónde ha dejado su coche? —indagó él.

—No he traído coche. Es una zona difícil para aparcar. Prefiero tomar un taxi.

—Entonces permítame que le ofrezca el mío —se apresuró a decir Slade—. Puedo llevarla a su casa... o invitarla a cenar en Broadway, si no le importa.

—¿Cenar con usted? —ella le miró, enarcando las cejas.

—¿Por qué no? No acostumbro a devorar a nadie.

—No lo decía por eso —sonrió Velda—. Lo cierto es que no tengo

nada que hacer hoy, pero... Está bien, señor Slade. Acepto su ofrecimiento.

—Vaya, eso está bien —se animó Frank—. Estaba seguro de que me rechazaría.

—Yo no soy Vivian.

—No hace falta que lo jure —rió él, señalando hacia un punto de Times Square—. Venga, por favor. Tengo mi coche allí.

Cruzaron el denso tráfico de las principales arterias neoyorquinas, hasta alcanzar el automóvil de Slade. Subieron a él. Velda se acomodó a su lado, lanzando al compartimento posterior su portafolios.

—Y bien, ¿adónde piensa llevarme ahora? —preguntó.

—Eso depende de usted. ¿Qué clase de cocina le gusta?

—Todas tienen su encanto. Recuerde que he recorrido más de medio mundo, y en todas partes probé su arte culinario. Quien no come lo típico del lugar que visita, es que no sabe viajar, señor Slade.

—¿Por qué no me llama Frank? Eso me hará sentir más cómodo.

—Bien, Frank. Entonces, elija usted mismo. Y llámame Velda, claro está.

—En ese caso, vamos a elegir un restaurante del Cercano Oriente, ¿le parece bien?

—Excelente —aprobo ella—. Me encanta el cordero preparado con arroz, berenjenas y calabazas, al estilo armenio o sirio.

—Coincidimos en los gustos. Nadie mejor, para servirnos eso, que el Teherán, en la calle Cuarenta y Cuatro Oeste... ¡Vamos allá!

Arrancó velozmente en la dirección indicada. Empezaba a sentirse complacido con aquella nueva forma de establecer relación con las hermanas Gesserson. Pero hacerlo con Velda era sencillo. Lo malo sería cuando intentase una táctica parecida con Vivian...

CAPITULO IV

Se despegaron sus labios lentamente. La música seguía sonando.

Los ojos profundos y centelleantes de ella parecían sumergirse en los suyos. El cuerpo esbelto y grácil daba la impresión de flotar entre los brazos de Frank, a los acordes de la melodía en la pista del club nocturno.

—Frank, no pude imaginar que sucediera esto... tan pronto —susurró ella.

—¿Por qué no? Somos hombre y mujer. Siempre puede ocurrir algo así, Velda...

—Es posible. Pero no soy una muchacha sin experiencia. He viajado, he vivido... No entiendo cómo me he enamorado de ti tan rápidamente, Frank. Sin apenas conocernos, sólo en una noche...

—Una hora, un minuto, puede ser suficiente para enamorarse dos personas, Velda.

—Eso dicen los personajes de las novelas, Frank. En la realidad es otra cosa.

—Nosotros somos la realidad.

—No lo sé. Me da la impresión de estar soñando, y poder despertar de repente, descubriendo que tú no existes, que estoy bailando sola... y que este amor repentino ha formado parte solamente de ese sueño...

—Pero no es así. No sueñas, Velda. No soñamos ninguno de los dos...

Y Frank volvió a adherir su boca a la de ella, en un interminable y cálido beso. El contacto se prolongó, sin que cesaran de bailar hasta que la pieza hubo terminado. Se miraron entonces, confusos, aturdidos. Ella rió.

—Ni siquiera sé quién eres, Frank —susurró—. Y ya no podría pasar sin ti... Esto es absurdo, ¿no te parece?

—Deliciosamente absurdo —admitió él, sin pestañear, contemplando la profundidad de aquellas pupilas de mujer tan próximas a las suyas—. Dejemos de pensar, de preguntarnos cosas, Velda. Y vivamos este presente maravilloso.

—Sí, Frank. Vivamos el presente, sin más. Es lo mejor que podemos hacer...

Cuando salieron del club nocturno, de regreso a su casa, el embrujo parecía persistir entre ellos, hechizándoles en una magia apasionada y sensual. A Frank le bastó una leve sugerencia, para que ella contestase con un murmullo suave, apagado, aceptando su ofrecimiento.

Esa noche, Frank Slade llevó a su hogar a Velda Gesserson. Ambos compartieron el lecho de soltero del joven agente federal. Y supo que lo que había empezado como una diestra y fría

maniobra para aproximarse a las dos hermanas Gesserson estaba empezando a desviarse peligrosamente hacia un terreno afectivo, más profundo y auténtico de lo que él imaginaba y deseaba...

Pero como no podía ser por menos, el desastre ocurrió a la mañana siguiente, mientras él preparaba el desayuno para ambos.

* * *

—Eres policía, Frank... ¡Un policía!

A Frank Slade casi se le desparrramaron por la mesa los huevos con bacon y el zumo de naranja. Sobresaltado, contempló a la joven, erguida en el umbral del comedor cocina de su apartamento.

—¿Qué haces con eso? —preguntó, tenso, al ver en una mano de ella un revólver reglamentario, y en la otra su credencial del Gobierno de Estados Unidos.

—No temas, no voy a volarte la cabeza de un tiro —sonrió ella fría y tristemente—. Sólo contemplaba todo esto... Debiste ocultarlo mejor, Frank.

—Nunca lo oculto de nadie. No tengo visitas en mi casa. Has sido la primera.

—Por amor, ¿no? —se expresó ella con sarcasmo, tirando a la mesa ambos objetos—. ¿Sigues afirmando que eres abogado? ¿Ganas los pleitos a tiros?

—Está bien, te mentí. No soy abogado. Trabajo para el Gobierno —resopló Slade—. Pero no soy policía.

—Se le parece mucho. He leído tu credencial. Agente especial del Servicio de Inteligencia del Gobierno. ¿Por qué tanta mentira, Frank? ¿Estás investigando mi vida, soy sospechosa de algo?

—Por favor, siéntate. Tenemos que desayunar. Luego te contaré...

—No tengo apetito ya —le miró dolorosamente—. Me voy, Frank. No intentes volver a verme.

—Un momento, por lo que más quieras —suplicó él, precipitándose hacia la joven para impedirle salir de allí—. Es cierto, os mentí a todas, pero tenía mis motivos. Anoche fui en busca tuya para investigarte de cerca, lo confieso. Sólo que luego... Luego cambió todo insensiblemente. Y cuando quise darme cuenta, estaba locamente enamorado de ti...

—Esa historia suena tan convincente como la herencia del abogado Slade —replicó ella, sarcástica—. Lo cierto es que me llevaste a la cama, te burlaste de mí, y ahora resulta que eres agente, policía o lo que sea, y yo sólo el objeto de una investigación. ¿De qué piensas acusarme, Frank? ¿De prostituirme contigo?

—Eres hiriente, Velda. Incluso te dañas a ti misma con crueldad —Frank respiró hondo. Se dejó caer en un asiento—. Te seré sincero. Crudamente sincero, Velda. Créeme o no, eso ya no es cosa que yo pueda arreglar. Pero diré la verdad completa.

—¿Tú... la verdad? —dudó Velda con ironía.

—Aunque te sorprenda, sí. Soy agente especial del Gobierno. Investigo asuntos de Seguridad Nacional, ¿entiendes? Espionaje,

sabotaje, actividades antiamericanas y todas esas cosas.

—Y yo soy una presunta espía, por haber viajado a la URSS y los países del Este, ¿no? —comentó ella con sarcástico tono de desprecio.

—No es tan ingenuo todo, Velda. No se trata de sospechas. Hay pruebas, evidencias que os acusan. Cuando menos, a una de vosotras dos.

—¿Qué pretendes decir con eso, Frank? —se irritó ella.

Slade no esperó más. Fue a un mueble, y extrajo de un compartimento oculto la fotografía Polaroid de Clark O'Brien, en la copia que él poseía. La tiró sobre la mesa, ante la mirada inexpresiva de Velda Gesserson.

—Mira eso —habló—. ¿Qué dices ahora?

Velda contempló la fotografía. Enarcó las cejas, mirando perpleja a Frank.

—¿Y qué? —murmuró—. ¿Qué pasa con esto? Es una fotografía tomada en nuestra casa...

—Exacto. Una fotografía. Tuya o de Vivian. ¿De quién dirías tú que es?

—No lo sé. Pero nunca vi a Vivian con ese impermeable negro. Ni yo tengo nada parecido. ¿Cómo conseguiste esa fotografía?

—La hizo un hombre que ahora está muerto. Le mataron a tiros en la calle, cerca de vuestra casa. Era reportero. Ese mismo día, él había sido testigo de la muerte de otro hombre en la calle Cuarenta y Dos, junto a la Grand Central: un agente nuestro enviado a Centroamérica. Le mató esa mujer del impermeable negro. Como mató luego a O'Brien. Pero no pudo impedir que la fotografía llegase a la oficina del FBI.

—Todo eso no tiene sentido, Frank. ¿Me estás acusando de doble asesinato?

—No es tan sencillo. Pudiste ser tú... o Vivian. El envió esto como una evidencia. Mira ese maletín. Tiene las iniciales A. P., las de nuestro hombre en Centroamérica. Es su valija. Se la robaron al asesinarle.

—De modo que es eso: investigación del Gobierno. Dos asesinatos... —los ojos de ella se humedecieron—. ¿Crees que yo lo hice, Frank?

—No sé qué pensar. Hay sólo dos posibilidades. O fuiste tú... o fue Vivian.

—Vivian no es una asesina. Es mi hermana, Frank.

—¡Maldita sea, sé todo eso desde el principio! —estalló Frank, irritado—. ¡Este condenado asunto no tiene otra salida que una de las dos posibles! Si vivían no es una asesina... entonces lo eres tú.

—¿Vas a acusarme de ello? ¿Para eso me sedujiste y me

mentiste anoche? Es una pobre y vergonzosa forma de trabajar, ¿no crees, Frank Slade?

—Velda, no me lo pongas todo más difícil. Tú sabes la verdad. Si eres inocente, estás convencida de que tu hermana lo hizo y, por tanto, merece ser castigada por ello, antes de que llegue más lejos. Tenemos razones para suponer que quien cometió esos crímenes es un agente primordial en Estados Unidos, con ramificaciones y células importantes en Centroamérica. Es una operación internacional de gran envergadura, en la que hay una mujer fría y despiadada, capaz de todo con tal de cumplir su misión. Tú... tú no encajas en esa clase de mujer, Velda.

—Eso es como acusar directamente a Vivian, sólo porque te es antipática.

—¡No acuso a nadie aún, porque no logro distinguir entre vosotras dos! —se enfureció Frank—. Pero algo es tristemente cierto, por mucho que me duela, Velda: una de vosotras dos mató a dos hombres y sería capaz de hacerlo mil veces, por una causa o por un dinero que esa causa le facilita generosamente.

—Ya te dije que viajo mucho. Incluso a países del Este. Soy, por tanto, la sospechosa ideal —sonrió tristemente Velda—. Para un buen policía, reúno todas las condiciones. Incluso parezco tierna, amable y simpática. El sospechoso ideal de todo lector experimentado en obras policíacas, ¿no es cierto?

—Velda, ahórrate sarcasmos. No quisiera que fueras tú...

—Y yo no quisiera que fuese Vivian —cortó ella con frialdad—, ¿Esperas que, de ser así, la denuncie yo misma?

—Tendrías que hacerlo. Aun siendo tu hermana, no puedes encubrir a una peligrosa criminal que carece de sentimientos...

—Es mi hermana, Frank. La encubriría. Y si soy yo la culpable, ¿qué puedo hacer, sino negarlo y mentir? Estás en un callejón sin salida, Frank. Tienes que acusar a una u otra. O encerrarnos a las dos.

—Vivian tal vez te acuse... aun siendo tú inocente —sugirió Slade, incisivo.

—No lo creo —sonrió Velda, negando lentamente—. No, Frank. No va a ser tan sencillo. Lo siento por ti. Si Vivian y yo no confesamos ni acusamos a nadie, ¿a quién acusaréis de espionaje y asesinato, y a quién de encubridora? ¿Creéis que un abogado astuto no hará trizas vuestro caso en unos momentos, con tan débiles pruebas y sin evidencia alguna que acuse a una u otra concreta?

—Parece como si quisieras ponerlo más difícil que nunca, Velda. Y todo por rencor, por despecho... Porque crees que te engañé en todo...

—¿Qué pensarías tú, querido, en mi propia piel? —sonrió con amargura ella, tomando su liviana gabardina clara y encaminándose a la salida con lentitud. Tomó su portafolios, y se volvió al ver que Slade la seguía—. No, no me acompañes, por favor. No lo soportaría ahora. Un taxi me llevará a casa. Eso, siempre que no me arrestes ahora, por si escapo del país...

—Está bien, Velda. Vete. Pero ahora que lo sabes todo, tienes mi palabra de honor: empecé esto para sonsacarte, para averiguar la verdad. Anoche..., anoche cambió todo. Me enamoré de ti...

—Es lástima que tan bella historia de amor termine así —comentó Velda con ironía—. Adiós, Frank. Espero que no intentes engañarme de nuevo. Ahora tendrás que probar fortuna con Vivian. Y eso va a ser más difícil... Tú lo sabes.

Se cerró la puerta tras ella. Slade vaciló. Luego se dirigió al teléfono y lo descolgó, marcando un número especial. Le contestaron desde un radioteléfono cercano.

—McCoy —dijo una voz—. ¿Es usted, señor?

—Sí, soy Slade. La sospechosa sale de mi casa ahora. ¿Nos siguieron anoche?

—A todas partes, señor. ¿Qué debemos hacer?

—Seguirla discretamente. Ella sabe ya toda la verdad. Tal vez intente burlarles, o tal vez no. Que los que vigilan la finca de las dos hermanas extremen precauciones. Tal vez alguna de ellas, o ambas a la vez, intenten abandonar Estados Unidos. Hay que evitarlo a toda costa.

—Descuide, señor. Se tomarán todas las medidas.

Desconectó. Luego llamó a la oficina federal para informar. Al colgar, quedóse pensativo, sombrío, contemplando su revólver y su credencial.

—Maldita sea —jadeó—. Y tuve que enamorarme de esa muchacha como un tonto. Era lo único que faltaba.

* * *

Edgar F. Cavanaugh contempló en silencio a Frank Slade. Tras la larga pausa, tabaleó sobre su mesa, pensativo. Parecía contrariado por algo. Frank le conocía bien. Era una contrariedad manifiesta, rozando la irritación.

—De modo que se ha enamorado —dijo sordamente.

—Sí —afirmó Frank.

—De una de las hermanas Gesserson.

—Sí, señor.

—¿De la culpable o la inocente?

—No lo sé, señor. Me hago la misma pregunta.

—Ambas podrían ser igualmente culpables.

—Ya he pensado en ello.

—Maldita sea, es lo que nos faltaba.

—Es lo mismo que he pensado yo. Pero son cosas que no pueden evitarse.

—¿Y si esa chica fuese culpable? Me refiero exclusivamente a Velda.

—¿Qué significa su pregunta? Si fuese culpable, señor, y hubiese pruebas rotundas de ello, no creo que haya margen para preguntar nada.

—¿Usted obraría conforme le dicta su conciencia? ¿La arrestaría?

—Soy un agente al servicio de mi Gobierno. El deber está por encima de todo.

—¿Y si ella se resistiese violentamente? Si es culpable, sabemos que puede ser muy peligrosa. Estamos luchando contra una temible asesina.

—Intentaría reducirla. Como fuese.

—¿Y si ello implica su muerte? ¿Si tuviera que matarla?

Frank Slade tragó saliva. Bajó la cabeza. Su voz sonó ronca.

—La mataría, señor. No lo dude.

Cavanaugh respiró con fuerza. Sus manos se crisparon sobre la mesa.

—Bien... —murmuró sordamente—. Lea esto, Slade. Es importante.

Pulsó una tecla en su mesa. Slade sabía lo que eso significaba. La luz del despacho se redujo hasta ser sólo una penumbra. Giró la cabeza hacia un muro.

Allí había surgido una pantalla, bajo el panel corredizo. Se proyectaba algo, un microfilme, sin duda. El proyector, invisible, estaba al otro lado de la pantalla translúcida.

—Es un mensaje llegado de Centroamérica. De nuestro segundo enlace allí informó Cavanaugh—. Un microfilme contenido en la etiqueta de un tubo de cápsulas para el mareo. Léalo cuidadosamente.

Slade leyó aquel texto aumentado sobre la pantalla. Era claro y preciso:

Un confidente informa de la presencia de comandos especiales en diversos puntos centroamericanos. Esperan instrucciones para una serie de golpes decisivos que provoquen la confusión internacional. Hay informes confidenciales sobre la presencia de una mujer sumamente peligrosa, como jefe supremo de las células dedicadas a terrorismo, sabotaje y subversión en tres países más abajo reseñados. Se la conoce en los centros de espionaje como Black Lady, su nombre clave. Parece ser una norteamericana

despiadada y cruel, capaz de todo por su causa. Incluso de asesinar a sangre fría a cualquier adversario o persona que se cruce en su camino. No hay datos sobre su auténtica identidad. Trabajan en ello varios agentes.

—Black Lady... —Frank se volvió hacia su jefe, ceñudo—. ¿Puede ser... ella?

—Sí, eso pensamos. Una de las Gesserson, sin duda. Recuerde su indumentaria: impermeable y botas negras... Todo coincide.

—Sabíamos ya que estábamos ante una persona muy peligrosa, señor.

—Pero no sabíamos que fuese un personaje clave en el asunto de Centroamérica, que puede costar miles de vidas, un estado de guerra latente y grandes complicaciones internacionales.

—¿Eso cambia en algo las cosas, señor? —dudó Slade.

—Sí. Las cambia radicalmente, Slade. Sea ella quien sea, ¡desenmascárela y termine con ella!

—¿Es una orden, señor?

—Una orden irrevocable. Captúrela viva, si es posible. Si no, acabe con ella como sea. Tendrá todo el apoyo de nuestra organización. Tiene que hacerlo. O le relevaré por otro agente capaz de llevar a buen fin la misión.

—No tiene por qué hacerlo, señor. Yo nunca me he vuelto atrás por nada. Esta vez no será una excepción, se lo aseguro. Pero necesito estar seguro...

—Vea la forma de estarlo, sin lugar a dudas. Si se protegen entre sí, caiga sobre ellas dos. Si una sola es culpable, no tenga clemencia. Piense que ella nunca la tendría de usted, ya fuese Velda o Vivian Gesserson la responsable de todo.

—¿Procedo a arrestar a ambas, a todo riesgo? —sugirió, incorporándose lentamente, con expresión sombría.

—No, procure evitarlo. Ambas tienen prestigio, me he informado de ello. Una es una pintora y escultora excelente, con exposiciones en París, Roma y Londres muy habituales. La otra es una escritora de fama, muy conocida en los círculos literarios y periodísticos, incluso en los de los países del Este. No podemos correr un ridículo, Slade. Obtenga pruebas, sea como sea. Usted tiene recursos sobrados para ello.

Pero cuando proceda, que sea sólo contra una culpable, sin lugar a dudas. No queremos complicaciones legales ni jurídicas que perjudiquen nuestro prestigio.

—Puedo conseguir las huellas dactilares de cada una de ellas. De hecho, tengo ya las de Velda, impresas en la portada de su libro. Pero ¿explicará algo ese dato?

—No. No tenemos huellas de Black Lady ni de la asesina de Parker y de O'Brien. No servirán de nada, salvo para diferenciar a una de otra. Eso será todo. De cualquier modo, será buena cosa tenerlas, para cualquier circunstancia posterior. Pero lo fundamental es desenmascarar a una de ellas como culpable.

—Sí, pero ¿cómo? Si una protege a la otra, por simple consanguinidad, ¿cómo saber quién miente, quién dice la verdad, quién es inocente y quién culpable?

—Esa es su tarea, Slade. ¿Cree que puede encontrar la respuesta?

Frank reflexionó. Al fin, afirmó lentamente.

—Sí —dijo—. Creo tener la respuesta. Hay que tenderles una trampa. A las dos.

—¿Una trampa?

—Exacto, señor. Una de ellas caerá forzosamente en ella. Sólo la culpable.

—¿Qué clase de trampa?

—Eso es lo que tengo que resolver lo antes posible. Pero se me ocurrirá algo, estoy seguro... Déme veinticuatro horas, señor. Y le entregaré a Black Lady. O renunciaré definitivamente a todo esto.

Salió de la oficina en silencio. Cavanaugh le vio salir sin hacer comentario alguno. Luego se dejó caer en su asiento, profundamente preocupado.

—Por primera vez, veo a Slade desorientado, desmoralizado... —murmuró para sí, con la frente surcada de profundas arrugas—. ¿Qué puede ocurrirle? ¿Es sólo porque está enamorado de una de ellas... o porque se da cuenta de que no puede dar con la solución a este maldito enigma?

CAPITULO V

Frank Slade, abandonó las oficinas federales, subiendo a su automóvil y alejándose a buena marcha del edificio del Gobierno donde se había entrevistado con Edgar F. Cavanaugh, su jefe de departamento en Nueva York.

Inesperadamente, a su espalda, sonó la fría voz, al tiempo que un cilindro de duro y helado acero se apoyaba en su nuca:

—Buenos días, señor Slade. No se asuste. Siga conduciendo normalmente, y no sucederá nada, se lo aseguro.

Frank estaba rígido, en tensión. Una simple ojeada le había bastado, dirigida al retrovisor. El rostro que aparecía en la penumbra posterior del asiento de su coche era el de ella.

¿De quién? En principio, no estuvo seguro. Pero por su expresión dura y resuelta, hubiera jurado que se trataba de Vivian Gesserson. Pero no podía estar seguro todavía.

Lo que se apoyaba en su nuca era una pistola automática. Sin silenciador, una niquelada pistola calibre 22, casi un juguete. Pero a quemarropa, mortal de necesidad. Bastaría con que ella apretara el gatillo, para atravesarle de parte a parte. Sería la muerte inmediata.

—¿Qué pretende? —preguntó Frank, con voz ronca—. Esto es una locura. Porque usted es Vivian, ¿no es cierto?

—¿Usted qué cree? —rió la mujer pelirroja agazapada en el asiento posterior, dueña absoluta de la situación en este momento—. ¿No sabe distinguir aún?

—No, confieso que no. Sus ojos parecen más fríos... Tal vez sea Vivian, pero no podría jurarlo.

—Le sacaré de dudas. Soy Vivian, sí. Supuse que, tras conocer más a fondo a mi hermana, podría diferenciarnos a ambas.

—¿Ella se lo ha contado?

—No tenemos secretos la una para la otra —rió suavemente ella.

—¿Ninguna clase de secretos? —puntualizó Frank.

—Ninguna, Slade. Sé lo que es usted y en qué trabaja. Ella me lo contó. Por eso le he querido esperar aquí, a la salida de su lugar de tarea.

—Es una mujer muy inteligente. ¿Por qué ha querido delatarse por sí misma?

—¿Delatarme? —ella soltó una suave carcajada llena de ironía—. ¿Supone que estoy delatándome de alguna cosa?

—Esa pistola, su amenaza, su presencia en mi coche... ¿no son por sí solos reveladores elementos que significan una confesión tácita?

—¿Qué debo confesar? —sonrió ella glacialmente, sin pestañear,

fija su mirada de hielo en él.

—Su identidad real. Su condición de espía y de asesina. En suma, su verdadero nombre: Blake Lady.

Ella no pestañeó tampoco ahora. Pero pareció encajar algún impacto sutil. Se puso tensa. Luego rompió a reír inesperadamente.

—Lo siento, Slade —dijo—. Si yo soy una mujer tan temible como todo eso, no me queda otra cosa que hacer sino disparar mi arma en su cabeza, querido...

Y apretó el gatillo.

Acababa de disparar sobre la nuca de Frank Slade, a quemarropa.

* * *

Otra carcajada siguió a la presión del dedo en el gatillo. Frank Slade notó un escalofrío bajando desde el punto donde se apoyaba el arma, hasta lo largo de su espina dorsal, y un frío húmedo, un sudor viscoso, empapó su piel.

Pese a toda su experiencia y valor, por un par de segundos había creído realmente morir a manos de aquella mujer desconcertante que, tras apretar el gatillo, reía, apartando el arma de su cuello, repitiendo el seco chasquido del percutor cada vez que presionaba con su índice, jovialmente.

—Vamos, vamos, Slade —comentó burlona—. No me diga que temió ser asesinado. El arma está descargada. Tengo las balas en casa. Nunca llegué a usarla, porque jamás hubo un merodeador en nuestro hogar. Ahora pensé en jugar con usted una baza atrevida. Es como un chiste, Slade. Pero usted no se ha reído.

—Quizá me falte sentido del humor —gruñó Frank, resoplando tras pasarse una mano por su frente húmeda y fría—. Llegó a hacerme creer que era cierto, Vivian. Porque usted es Vivian, ¿verdad?

—¿Qué es lo que usted cree? ¿Sigue sin diferenciarnos a una de otra?

—Lo siento, pero es así. ¿Por qué lo ha hecho?

—¿Esta broma? No sé. Quise ser el gato, no el ratón. Me molesta que sospechen de mí. Usted no me cayó bien como abogado. Tampoco ahora, como policía federal.

Movió Slade la cabeza, conduciendo con cuidado entre el denso tráfico del centro urbano. Tras la broma de la pistola descargada, parecía relajada, sin borrar del todo la expresión irónica de su bello rostro, tan idéntico al de Velda, que parecían el mismo. De no haber visto a las dos juntas en su casa, hubiese llegado a dudar de que fuesen realmente dos mujeres distintas.

—Está bien. Ya ha sido el gato. Y puede seguirlo siendo durante

mucho tiempo, Vivian —suspiró Frank—. ¿Velda le ha contado todo?

—Absolutamente todo.

—Entonces, ya sabe lo que busco. Hay una fotografía que es una prueba aplastante. Una de ustedes dos mató a dos hombres y trabaja para una potencia extranjera, en la tarea de subversión y sabotajes en Centroamérica.

—Es posible. ¿Pero cuál de las dos, Slade?

—Yo apostaría por usted, Vivian.

—¿Porque se ha enamorado de Velda? —ironizó ella, entornando sus ojos centelleantes al mirarle casi aviesa.

—Quizá. No me gustaría ser injusto, pero...

—Puede estarlo siendo ahora. ¿Y si la dulce, apasionada y encantadora Velda no fuese todo lo que usted imagina? Una buena espía debe saber fingir...

—No me hable de eso. Lo he pensado muchas veces.

—Pero su corazón se niega a admitir lo que le aconseja su cerebro, ¿no?

—¿Es a su hermana a quien pretende acusar con todo este absurdo juego? —se soliviantó Frank, frenando bruscamente el coche ante un semáforo que cambiaba su color sin apenas advertirlo él.

—Tal vez quisiera usted eso, Slade. Salir de dudas. Y conseguir otro triunfo profesional. Después de todo, es lo único que busca, ¿no? Por eso vino a casa fingiendo ser un abogado, por eso fingió su amor por mi hermana.

—Lo que siento por Velda no es fingido. Es lo único sincero de todo este sucio juego de espionaje, intereses e ideologías.

—¿De verdad se enamoró de Velda?

—Sí. ¿Tiene algo de extraño?

—No, claro que no. Pero igual podría enamorarse de mí, sin darse cuenta. Somos iguales las dos, recuérdelo.

—No siempre persiste la igualdad. Hay cosas que se notan.

—¿Usted notaría que yo no soy Velda, si le dijese que lo soy?

—No lo sé. Tal vez. Depende del grado de intimidad a que llegáramos... Hay cosas que no se pueden fingir ni imitar. Cosas en las que se diferencian dos personas, por idénticas que sean.

—¿Por qué no lo intenta? Tal vez me deje seducir yo también —ella rió, despreciándose, arrellanada en el asiento, sus bellos muslos visibles para Frank—. Y entonces, quizá su enamorado corazón vacile... y no esté seguro ya de nada.

—No —rechazó él duramente—. Pierde el tiempo, Vivian. Tanto si me pone a prueba como si pretende jugar sus bazas.

—Podría ser la propia Velda, intentando probar su amor, Slade.

—No digo que no. Pero importa poco. Estoy seguro de que, llegado el momento, sabré quién es Velda y quién no.

—Puede correr un riesgo —rió ella, con sensualidad—. Quizá en otra ocasión llegue a engañarle, me haga pasar por Velda... y cuando sea demasiado tarde para echarse atrás, descubra que yo soy Vivian y no ella. ¿Qué sucedería entonces?

—Espero no llegar tan lejos para distinguirlas a una de otra —cortó abruptamente Slade, reanudando la marcha al cambiar el semáforo—. ¿Dónde puedo dejarla?

—En casa, por favor. Velda no está ahora, de modo que no le invitaré a entrar, para que no corra el riesgo de ser seducido. ¿Sabe que ha salido de viaje?

—¿Su hermana? —Slade sufrió un brusco cambio—. No debe hacerlo...

—Pues lo hizo. París, vía Londres. Tenía que presentar allí la traducción de su último libro sobre el petróleo. ¿Fracasaron sus compinches en impedirle salir de Estados Unidos? —completó con una sonrisa sardónica.

—No hay ninguna orden de detención contra nadie —replicó Frank, seco.

—Es posible. Pero nos vigilan a ambas. Lo hemos notado. Sin embargo, siempre existen medios de burlar a los sabuesos federales. Sobre todo, siendo dos mujeres iguales... ¿Cambia de idea y toma una copa conmigo en casa? Le prometo no agredirle para llevármelo a la cama, si es eso lo que teme de mí...

—No la temo, Vivian, si es eso lo que sugiere. Aunque usted sea Black Lady, no la temo en absoluto. Parece una mujer muy segura de sí misma. Ojalá tenga motivos para ello.

—¿Eso es una amenaza? —rió burlonamente ella, apoyando ahora sus codos en el respaldo del asiento de Slade, y deslizándolo su mano larga y sensible hacia el cuello del federal, a quien acarició suave, dulcemente, produciéndole un estremecimiento involuntario.

—No. Es sólo una sana advertencia. Ni siquiera Black Lady es tan fuerte como imagina.

—Es la segunda vez que cita el nombre... La Dama Negra. Suena truculento. Como en las viejas novelas de intriga y terror...

—No es un personaje novelesco. Existe, y es un asesino despiadado. Terminará cayendo, sea quien sea. Se lo aseguro, Vivian...

—Hemos llegado —suspiró la dama, mirando al exterior. Sonrió, abriendo la portezuela. Al pisar la acera, se inclinó hacia la ventanilla y miró muy de cerca a Frank—. ¿Está realmente seguro de que es Velda la chica a quien ama?

—Sí —afirmó Slade—, Lo estoy. Buenos días, señorita Gesserson.

—Buenos días, amor —rió suavemente ella—. Yo, en cambio, empiezo a enamorarme de ti, aunque no lo desee. Hay algo en ti que me gusta, que me atrae... Tal vez sea el peligro... o tal vez solamente el deseo. Nos veremos, Slade.

Y antes de que él pudiera evitarlo, se inclinó, besando sus labios, succionándolos con la húmeda y palpitante ventosa de sus propios labios gordezuelos. Frank se apartó, mirándola fríamente. Ella rió, alejándose.

Cruzó la puerta de verja metálica, agitando su mano en suave y frívola despedida. Frank Slade tardó en reaccionar. Los labios le quemaban, con el sabor y la humedad de aquella carnosa boca femenina, todo sensualidad y voluptuosas insinuaciones.

—Velda... Vivian... ¿Quién es de las dos?

Y ni él mismo hubiera sabido qué es lo que se estaba preguntando en aquel momento; ni quería saber quién era la espía enemiga... o a quién amaba en realidad. Un simple beso, el contacto de unos labios

femeninos, ardientes y ávidos, le había logrado hacer vacilar.

Arrancó su coche, para frenar suavemente sólo una manzana más allá. Amy, la doncella, venía con unas bolsas del supermercado, caminando graciosamente por la acera. Al detenerse a su lado, ella le reconoció, inclinándose.

—¡Oh, es usted, señor Slade! —exclamó animosa—. ¿Ha vuelto por lo de la herencia?

—No —negó Frank, mirándola fijamente—. ¿De verdad que no ha oído hablar de mí a las Gesserson en otro sentido?

—Pues..., la verdad, sí —confesó ella, enrojeciendo—. Sorprendí una charla anoche... antes de que la señorita Velda se ausentase con destino a París... Hablaban de usted. Al parecer no es un abogado, según decían, sino un..., un...

—Una especie de policía —suspiró Slade—. Sí, es cierto, Amy. Tuve que fingir. Es una larga historia. ¿De modo que es cierto que Velda está en París?

—Salió esta mañana a primera hora. Creo que tenía que burlar a sus seguidores del Gobierno o algo así...

—Y sin duda lo consiguió —afirmó Slade con expresión ceñuda—. Amy, ¿podría ayudarme usted, llegado el caso, si fuese necesaria su colaboración?

—Bueno, nunca me gustó traicionar a quienes me pagan, señor Slade...

—No será preciso que traicione a nadie. ¿Usted es americana?

—¡Por supuesto que lo soy! ¿Por qué pregunta eso?

—Verá, Amy. Debe disimular en su trabajo, pero una de sus dos patronas es una espía al servicio de los enemigos de Estados Unidos. Una espía muy peligrosa, capaz de asesinar a quien sea, llegado el caso.

—¡Cielos, es horrible! —dilató ella sus pupilas, aterrada.

—Sí, lo es. Pero eso forma parte de mi trabajo habitual. Tengo que descubrir quién de ellas es culpable y quién inocente, o si ambas son responsables absolutas. Esa es mi misión. De momento, sólo le ruego que vigile, que escuche, que trate de saber algo, lo que sea... y me llame, llegado el momento, a este número, no importa la hora que sea, porque alguien le atenderá y me comunicará en el acto su llamada —le tendió una tarjeta de visita que la joven guardó en sus ropas prestamente—. No lo olvide. No corra riesgos. Pero intente cooperar, y el Gobierno se lo agradecerá profundamente. Tal vez, incluso, pueda salvar más de una vida humana, Amy. Pero no se descuide. Ni un error, ni una precipitación, recuerde bien eso...

Ella asintió. Momentos después, se alejaba hacia la casa de las Gesserson, tras una breve y solemne promesa:

—Haré cuanto me sea posible, se lo garantizo.

No era mucho lo que Frank esperaba de una simple muchacha de servicio de las Gesserson, sin tener experiencia en asuntos tan complicados, pero siempre era una posibilidad, una remota ayuda en caso de necesidad. Este de ahora era un problema que lograba irritarle de modo profundo. La solución parecía tan sencilla... Y existían tan pocas cartas en la baraja, que daba la impresión de ser un problema infantil, absurdo en su propia simplicidad.

Y, sin embargo, estaba complicándose desde un principio. Sólo había dos sospechosas. Una de ellas, irremediablemente, era la culpable.

Pero ¿cuál? ¿Vivían, la mujer dura, fría y cínica? ¿Velda, la muchacha dulce, tierna y amorosa? ¿Las dos en complicidad? ¿Una encubría a la otra? ¿Se protegían mutuamente por razones ajenas a un simple parentesco?

No había respuestas. Todo era posible. Podía prender a ambas y acusarlas ante un tribunal. Pero en algo tuvo razón Vivian Gesserson: cualquier buen abogado haría pedazos la acusación teatralmente. Nadie sería capaz de distinguirlas en una sala de justicia. Bastaría que una fuese inocente, para que todo se derrumbase ante el juez.

Tenía que saber exactamente cuál de ellas dos. Y además, demostrarlo con evidencias irrefutables. Señalar a una sola de las mellizas, y acusar, rotundo, con las pruebas demoledoras en la otra mano.

—Ella es, señores del jurado. Ella es Black Lady, agente enemigo al servicio de potencias extranjeras, capaz de asesinar, sabotear y sembrar el terror y la muerte allí donde vaya. Es esa mujer, y voy a demostrarlo ahora sin lugar a dudas.

No. No tenía un caso así entre manos, ni muchísimo menos. Ni siquiera él estaba seguro de nada. No poseía la menor convicción sobre la culpabilidad o la inocencia de una y otra. ¿Cómo acusar, en ese trance, a persona alguna en concreto?

Dirigió su automóvil hacia el aeropuerto Kennedy, sin una sola vacilación. Dos horas más tarde, volaba hacia Europa a bordo de un reactor que cubría la línea Nueva York- Londres-París.

* * *

En el hotel donde se hallaba registrada, no encontró a Velda Gesserson. Se había ausentado a varias sesiones relacionadas con la publicación de su libro en lengua francesa, según le informaron en recepción. Había una conferencia y firma de ejemplares en el centro de París, en una selecta librería de los Campos Elíseos, pero eso era a las seis de la tarde y faltaban bastantes horas para

ello.

Había almorzado a bordo del avión transatlántico, y no tenía lugar alguno adonde dirigirse, puesto que París no era un lugar fácil para hallar a una persona, de modo que deambuló hasta poco antes de las cinco, tratando de ordenar sus pensamientos, y faltando una hora para la conferencia, esperaba ya ante la librería donde se anunciaba la presentación de la obra y la autora. La afluencia allí era bastante notable, prueba inequívoca de que los libros de Borma Jarrod se leían en todas partes. ¿Era posible, se preguntó por enésima vez, que una mujer como Velda pudiera ser considerada sospechosa de espionaje y actividades violentas en favor de una determinada fuerza enemiga de Estados Unidos?

Procuró no pensar en ello otra vez. Ya le había dado suficientes vueltas a la madeja, sin lograr otra cosa que embrollar más y más sus hilos, sin conseguir nada práctico.

Cuando un Citroën se detuvo ante la librería, llevando dentro al editor parisino y a Velda Gesserson en persona, hubo revuelo y expectación en los presentes. Frank procuró situarse en primera fila, ante la puerta de acceso a la librería, no lejos de los dos gendarmes de servicio.

Inevitablemente, los ojos de Velda se clavaron en él, apenas hubo descendido del coche, con su aire mundano, elegante y deportivo a la vez, tan distinto a la sobriedad fría y distante de su hermana Vivian.

—Tú... —la oyó murmurar cuando se detuvo un momento en medio de sus admiradores y lectores, saludando a todos con una sonrisa de circunstancias—. ¿Qué haces en París?

Frank se limitó a sonreír, encogiéndose de hombros. El diálogo era imposible en ese momento, porque los organizadores de la reunión se llevaron en volandas a la joven escritora, y ésta desapareció dentro del edificio, seguida por numerosos espectadores.

Slade se quedó en la calle, paseando y fumando un cigarrillo. Sólo entró cuando la conferencia estaba a punto de terminar. Para entonces, Velda terminaba su charla en fluido y fácil francés, apenas sin acento americano, y era objeto de una cariñosa y prolongada ovación por parte de sus lectores.

Como anteriormente en Nueva York, numerosas personas adquirieron en la librería ejemplares de su libro sobre las rutas del petróleo y los problemas energéticos y políticos que en torno al oro negro se agitaban en el confuso mundo actual, y fueron firmados por la sonriente y siempre segura de sí misma Velda Gesserson.

Esta vez, Slade sólo se acercó a ella cuando el editor y los

libreros permanecían a su lado, terminada la conferencia y firma de volúmenes. Ellos trataron de impedírselo cortésmente.

—No, no monsieur, ya no —objetó el editor amablemente pero con firmeza—. La señorita Gesserson ya no firma más ejemplares, pero puede adquirir un volumen y...

—No, no, monsieur Clement —le interrumpió ella nuevamente—. Deje a ese caballero. Es un buen amigo de Nueva York. Volveré con él al hotel, una vez hayamos dejado resuelta la cuestión de los derechos de las demás obras editadas... ¿Verdad que serás tan amable de esperarme, Frank?

Se lo preguntó con cierta suave ironía, mirándolo fijamente. El se limitó a asentir con la cabeza. La esperó. Cuando hubo terminado, la noche estaba ya muy avanzada en París, y lloviznaba en los Campos Elíseos. Tomaron un taxi hacia el hotel. En principio no cruzaron palabra. Al fin, ella lanzó un suspiro.

—¿Piensas asistir a todas mis conferencias en América y en Europa? —preguntó, seca.

—Velda, ¿aún no me has perdonado?

—No hay nada que perdonar —las luces de los bulevares pasaban tras las ventanillas, deslumbrantes en la noche parisina—. Pero no esperaba verte en París.

—Yo tampoco esperaba que, dada la situación, huyeras a París, burlando a nuestros servicios de vigilancia.

—No he huido a ninguna parte. Mi trabajo me exige compromisos, y éste es uno de ellos, Frank. Si queréis arrestarme como culpable de algo, ¿por qué no lo hicieron ya tus esbirros de Nueva York, en vez de jugar al escondite conmigo?

—Salir del país es un indicio sospechoso —replicó Slade—. Así están las cosas.

—¿Me está oficialmente prohibido?

—No. Pero siempre tendrás alguien tras de ti, hasta que esto se aclare de una maldita vez para todas. ¿Por qué no dices la verdad, si es Vivian la culpable, y todos descansaremos definitivamente?

—Incluso Vivian, ¿no? —replicó ella con ironía—. Sobre todo, ella... si fuese culpable, claro.

—La vi en Nueva York. Fue quien me habló de tu viaje. Por eso vine a verte.

—¿Para vigilarme tú personalmente? Puedes hacerlo incluso en mi dormitorio, sólo con fingirme amor otra vez, Frank.

—Eres cruel a conciencia. ¿Quieres parecerte demasiado a tu hermana?

—No quiero parecerme a nadie, Frank. Quiero ser libre, vivir en paz.

—No puedes. No ahora, mientras no sepamos quién es inocente

y quién no. Suponiendo que exista esa persona inocente. Encubrir o ser cómplice también es un delito.

—Estás hablando de mi hermana. Si ella fuese culpable, jamás lo confesaría. Si lo fuese yo, estoy segura de que ella no diría una palabra.

—Lo sé, lo sé —se irritó Slade—. Velda, yo no sospecho de ti, sino de ella. Pero a veces, no sé qué pensar...

—Piensa lo que quieras —se encogió Velda de hombros—. Esta noche vuelvo a Nueva York.

—¿Ahora, quieres decir? ¿Esta misma noche? —se sorprendió Slade.

—Exactamente.

—Pensaba invitarte a cenar a París, a salir esta noche al Moulin o al Lido...

—No, gracias —sonrió con acritud—. Lo tengo decidido. Vuelvo a casa.

—Ya —Frank reflexionó en silencio—. ¿Es por mi culpa, quizá?

—Quizá. No deseo pasar otra noche contigo, Frank. En ninguna parte.

—Puedo bajar ahora mismo de este taxi, y dejarte sola, si es que lo prefieres.

—Eso me tiene a mí sin cuidado. De todos modos, me iré a Nueva York. Lo tengo decidido.

—Eres una mujer de decisiones firmes, ¿verdad?

—Habitualmente, sí. Como ves, no soy tan dulce ni dócil como creías.

—Supongo que no podré hacer ese viaje contigo.

—¿Por qué no? —rió entre dientes—. Alguien debe seguirme como mi sombra. ¿Qué más da que seas tú o cualquiera de vosotros?

—No hablaba como agente federal, sino como simple acompañante tuyo.

—Sabes que no puedes hacer eso. Tienes un trabajo que hacer, y tratas de realizarlo lo mejor posible, no busques evasivas. No vale la pena discutir. Viajarás conmigo, porque deseas hacerlo. Voy a recoger mis cosas en el hotel, y me dirigiré a Orly. Naturalmente, puedes venir conmigo. Eso simplificará tu trabajo.

Sí. Era cruel, pensó Slade. La crueldad de la mujer que se ha creído juguete e instrumento de alguien en quien llegó a confiar. tal vez tenía razón, y era simplemente eso: una mujer dolorida. O tal vez se estaba protegiendo de él con una hermética caparazón.

Otra vez la duda. La sospecha. Siempre la misma sombra entre ambos: Black Lady, la mujer asesina, la agitadora enemiga en Centroamérica...

CAPITULO VI

—¿Pensabas en algo?

—Sí —afirmó lentamente Slade—. Pensaba en tu libro.

—¿*Las rutas del oro negro*? —enarcó las cejas ella, compañera suya de asiento en el vuelo París-Nueva York de aquella noche. Las luces de la Villa Lumière quedaban ya muy atrás en la noche—. ¿Por qué pensabas en eso?

—Lo he hojeado en el aeropuerto. Hablas del petróleo como motivo posible de la Tercera Guerra Mundial.

—Es la pura realidad. Sucederá así, Frank. Cerrar los ojos a eso es negarse a admitir las cosas tal como son.

—Sugieres que esa guerra será el caos final. Y tendremos la culpa los países más desarrollados, más poderosos, al faltarnos la sangre vital que es el petróleo.

—Es mi teoría. Creo que llegará a cumplirse.

—Eres pesimista, Velda. Hay mucho petróleo aún en las reservas de Alaska, en todo nuestro país, en México, en Venezuela, incluso en el mar. Tú hablas incluso de las plataformas perforadoras de los diversos mares. Es una posibilidad más de supervivencia...

—¿Hasta cuándo? Frank, he viajado mucho por los países productores de petróleo. Mis últimas visitas como escritora fueron a la plataforma del Mar del Norte y a otra en el Caribe, de donde aún no ha surgido la esperada veta. He vivido la realidad en toda su magnitud y sé lo que escribo, no lo dudes.

—No lo he dudado nunca. Por eso tienes éxito. Pero leyendo tus libros... casi se diría que defiendes a las personas que desean eliminar el petróleo como algo básico para el mundo. ¿Es una simple teoría humanista o una maniobra política para cambiar el orden establecido?

—Ya veo adónde vas a parar. Black Lady —rió entre dientes—. ¿Crees que soy yo, y que esa forma de escribir es un modo de provocar inquietudes y tendencias en países menos desarrollados?

—Podría serlo. Pero yo no lo he dicho, Velda.

—Puedo leer en tu mente como en un libro abierto. Y no me gusta lo que leo en ella —le contempló con ojos profundos, de dolida expresión—. Frank, ¿de verdad sospechas de mí?

—Me gustaría decirte rotundamente que no. Pero me gusta ser sincero, aunque tú no lo eres, Velda. Antes estaba seguro de que Vivian era culpable y tú inocente. Ahora no sé qué pensar.

—Me gusta que hayas hablado así —suspiró ella, sin dejar de mirarle—. Al menos, como tú dices, has sido sincero...

Frank no dijo nada. Se limitó a sonreír. La azafata les sirvió la bebida como aperitivo. Momentos más tarde, les era servida la

bandeja con la cena. Antes de terminar con ella, la azafata regresó, entregando un mensaje a Slade.

—Un radiograma urgente para usted, señor Slade —informó con su mejor sonrisa profesional.

Frank le dio las gracias, leyendo el texto enviado por radio desde Nueva York. Su rostro se tornó serio, pensativo. Velda le miró curiosa.

—¿Malas noticias, señor federal? —preguntó, sarcástica.

—No, no —rechazó Slade—. Para mí, son buenas. Para tu modo de pensar, tal vez no. Pero esto implica nuevas preocupaciones, dada el área donde se halla.

Guardó el mensaje en su bolsillo. Fumaron unos cigarrillos, charlaron trivialmente, como dos buenos amigos, y Frank terminó adormilándose, mientras el reactor cruzaba sobre el Atlántico, aproximándose a la costa americana.

Frank fingió dormir profundamente. Durante su sueño, no notó nada, ni siquiera el más leve roce. Pero en un momento en que Velda fue al lavabo, cuando él había despertado, hurgó en el bolsillo. El mensaje radiado continuaba allí. Pero Slade le había hecho una doblez determinada, que ahora no mostraba.

Sintió un estremecimiento, y sus dudas y confusiones se hicieron mayores que nunca. Velda había introducido sus dedos en el bolsillo, extrayendo el mensaje y leyéndolo, sin que él notara absolutamente nada.

El texto del mensaje era escueto. Lo había estado esperando todo el viaje.

«Plataforma petrolífera *Neptuno III*, situada en el Caribe, ha logrado alcanzar riquísima veta de petróleo. Exitó completo para concesionarios norteamericanos y países del Caribe interesados en la prospección. Habrá que montar sistema especial de vigilancia y seguridad máxima de la plataforma, contra los terroristas del grupo de Black Lady. Le espero urgentemente. Saludos.

»Cavanaugh.»

Velda había leído ese mensaje. Podía ser simple curiosidad. O algo más. Eso pronto se vería, porque el mensaje no era otra cosa que una trampa.

Una trampa tendida para que Black Lady cayera en ella...

* * *

Sucedió en el aeropuerto internacional Kennedy, a la llegada a Nueva York del vuelo nocturno de París.

Frank Slade se quedó esperando en los corredores la salida de

Velda de los lavabos, ya cerca de la salida. Ella le había rogado que esperase, con su sonrisa habitual, dulcificada nuevamente tras la travesía atlántica.

—Será un momento, Frank, por favor. En seguida me reúno contigo.

Le dejó su maleta y entró. Frank paseó unos minutos, fumando pensativo, con el recuerdo de aquel falso mensaje que ella, sin duda, leyera durante el viaje tan hábilmente que, ni siquiera estando despierto, se había dado cuenta de ello.

El tiempo empezó a alargarse. Impaciente, Slade regresó junto a las puertas de los servicios de señoras y caballeros. Una puerta seguía cerrada en los primeros, allí donde entrara Velda. Siguió paseando. Las mujeres siempre eran así, pensó.

Pero al seguir prolongándose el tiempo sin la presencia de Velda, su paciencia tornóse en incertidumbre, recelo. Y resolvió salir de dudas. Entró en los servicios de señoras, resueltamente, y golpeó la puerta cerrada.

—Velda, ¿te ocurre algo? —preguntó.

No contestó ella. Insistió dos veces. Ya tenía excusa suficiente para abrir aquella puerta. Una mujer salió del otro servicio, y le miró, asustada. Slade dijo algo entre dientes, marcando la palabra «policía», y la dama se alejó, mientras él cargaba contra la puerta. Esta cedió inmediatamente. Slade clavó sus ojos en la junta de la madera. Varios chiclets pegados allí habían retenido la puerta, como si el servicio estuviese ocupado. Pero se hallaba vacío por completo.

—¡Velda! —masculló Slade, furioso—. ¡Me ha burlado!

Los servicios tenían otra salida, de modo que tenía que haber algún medio utilizado por la joven para evadirse así. ¿Cuál podía ser? Salió pronto de dudas.

Un joven de color aparecía en la puerta de los lavabos de caballeros, mostrando en su mano una gabardina femenina, que parecía dejarle perplejo. Miró a Slade.

—¿Qué haría esto en el servicio de hombres? —preguntó—. Parece una prenda de mujer, ¿no es cierto?

Slade asintió, maldiciéndose por su ingenuidad. Abrió la prenda. Tenía amplios bolsillos interiores. No era difícil manejar el resto.

Se volvió a maldecir, y partió precipitadamente hacia el centro de la ciudad, seguro de que Velda Gesserson ya no se hallaba en el aeropuerto. Y que, además, le había burlado en toda regla.

Era la segunda evidencia de que ella podía ser la culpable que estaba buscando, y no su hermana Vivian.

—¿Cómo diablos ha podido ocurrirle? —bramó la voz de Cavanaugh en el otro extremo del hilo.

—Muy simple y sofisticado a la vez. Aunque debo de confesar mi estupidez en esta ocasión. La gabardina de Velda Gesserson llevaba compartimentos muy amplios ocultos bajo la superficie. En ellas debía de llevar prendas de tejido liviano, plegadas. Ropas de hombre, que se puso en el lavabo, pasando al de caballeros, sin necesidad de que yo la viese, porque no llegó a asomar al corredor del aeropuerto, sino que pasó de unos servicios a otros. Tal vez recogió su pelo con una peluca de hombre, gafas y un bigote, pongamos por caso, y con un sombrero flexible o una prenda similar, abandonó tranquilamente los servicios ante mis propias narices, sin yo darme cuenta.

—De modo que se burló de usted, se nos ha evadido de nuevo, y además está seguro de que ha leído el mensaje que le envié por radio... ¿No son eso pruebas suficientes contra Velda Gesserson, Slade?

—Normalmente, sobraría con eso. Pero algo me dice que no es tan sencillo. No sé, señor... Por eso estoy ahora aquí, en casa de ellas, desde donde le llamo. Espero a Vivian, que tampoco está en casa. Amy me ha dejado pasar a esperarla.

—Maldita sea, Slade, la trampa puede que funcione de modo distinto a como preveíamos.

—Cuidado. No diga eso. Podría tener intervenido el teléfono, o grabar lo que se habla...

—No lo creo. *Nosotros* sí lo tenemos intervenido. Pero ni una sola conversación interesante hemos captado hasta el momento...

—Ninguna de ellas sería tan tonta como para hablar desde aquí de temas comprometedores, señor —sonrió Slade—. Seguro que sospechan que tienen el teléfono controlado... Un momento, señor. Un coche se acerca. Creo que una de ellas está de vuelta a casa...

Slade colgó. Amy asomó a la salita informándole:

—Es el coche de la señorita Vivian. Ya le dije que no tardaría...

Momentos más tarde, Vivian Gesserson estaba ante él. Le miró con su habitual frialdad, pese a su cortés sonrisa.

—De nuevo nos vemos, Slade —habló suavemente—. ¿A qué ha venido tan tarde? Ya sabe que no es persona grata aquí. Ni siquiera a mi hermana Velda.

—A ella la busco. A Velda, su hermana —cortó Slade, casi áspero—. Me burló en el aeropuerto. Desapareció de los lavabos, sin duda convertida en hombre.

—¿De veras? —rió Vivian sarcástica—. ¿Eso hizo mi hermanita?

Merecería un premio. Burlar nada menos que al gran agente del Gobierno, al infalible hombre del Tío Sam...

—Ya basta. No me gustan las bromas, llegado a este punto. Vivian, usted sabe dónde está Velda ahora. Tiene que decírmelo. Y decirme también por qué se vistió de hombre para evadirse...

—Pide usted muchas cosas, Slade, para ser una visita molesta en esta casa —se expresó Vivian con helado acento, irguiéndose arrogante. Su esbelta figura, tan semejante a la de su hermana gemela, mostraba la severa elegancia de su preferencia por los colores oscuros y las chaquetas rectas. Su cabello pelirrojo también llevaba un peinado diferente, más sobrio—. Venga conmigo, le mostraré algo.

Intrigado, Frank la siguió. Vivian Gesserson le guió hasta el piso alto. Encendió las luces de un amplio estudio destinado a lienzos y esculturas. Le invitó a entrar.

—Vea esto —dijo—. Son mis obras. No soy un genio, pero las vendo bien, habitualmente, y expongo en muchas galerías...

—Yo no soy experto. Pero creo que tiene sensibilidad y buen estilo.

—Muy amable. Ha dicho las palabras justas. Nunca las hubiera esperado de labios de un agente federal.

—Vivian, estamos perdiendo el tiempo —se impacientó Frank—. Le hice algunas preguntas, no le pedí admirar sus obras de arte...

—No lo ha visto todo aún. Mire esa pared, por favor.

Slade dirigió la mirada adonde ella señalaba. Descubrió dos fotografías enmarcadas e idénticas. Cada una de ellas, llevaba una firma: Velda y Vivian. No había diferencia entre los dos hermosos rostros, pero sí en las firmas. Al lado de esas fotografías, había otra pequeña foto, tomada a distancia, no demasiado clara.

En ella aparecían dos personas en un jardín. Una era una mujer. Una de ellas. Podía ser Velda o Vivian, ésa era la incógnita, como siempre. La otra, era un joven con gafas de sol, pelo planchado, suéter amplio, pantalón ancho y fino bigotito.

—¿Quién de ustedes es? —señaló Frank a la muchacha de la fotografía.

—Yo —sonrió Vivian—. La que viste de mujer, claro. La otra es... Velda.

Slade parpadeó. La caracterización era perfecta. Sólo ahora, al saber la verdad, descubrió rasgos suaves, indudablemente femeninos, bajo el disfraz.

—¿De modo que es experta en disfraces? —cortó abrupto.

—Sólo en vestir de hombre —rió Vivian—. Fue actriz hace años. Simple aficionada, claro. Representaba obras en la

universidad y hasta con cuadros de aficionados. No era mala actriz. Y le encantaba hacer papeles masculinos. ¿Lo entiende ahora?

—Sí. Pero eso era en un escenario. Lo de hoy es diferente. Burló a un agente federal. Se evadió. Eso puede ser grave para ella.

—Tal vez sólo quiso burlar al amigo Frank Slade, no al federal —sonrió Vivian irónica—. No es delito gastar una broma a alguien.

—Si fue una simple broma, ¿dónde está ella ahora? —preguntó Slade incisivo.

—Eso ya no es asunto mío —suspiró Vivian—. Pero seguro que viene de un momento a otro, y su castillo de naipes se derrumba, con todas sus sospechas.

—Me gustaría, la verdad —confesó él con acritud.

Fuera se oyó el ronquido del motor de un automóvil, subiendo la vereda, a juzgar por el sonido. Slade se puso tenso. Vivian Gesserson rió entre dientes.

—¿Lo ve, hombre de poca fe? —se burló ella—. Ahí tiene a su dama evaporada.

No quería creerlo. Frank se precipitó a la ventana, alzando la cortina. Un automóvil, el de Velda, se detenía en el porche. La joven, con sus habituales ropas de color claro, elegantes y deportivas, bajó del vehículo tras dejarlo en el garaje. Miró hacia la ventana iluminada y avanzó hacia la entrada con una sonrisa, moviéndose al aire sus rojos cabellos brillantes y sedosos.

—Ahí la tiene —suspiró Vivian, saliendo de la estancia—. ¿Por qué no la interroga a ella?

—Es lo que pienso hacer —afirmó Slade, saliendo rápido en pos de Vivian.

Cuando bajaron la escalera, Velda se metía en una habitación. Antes de que ellos la alcanzasen, tras una rápida ojeada a su hermana y al visitante, cerró de golpe la puerta, y se oyó un pestillo.

—¡Velda, abre! —la interpeló Vivian—. Slade te espera.

—¡No quiero verlo! —sonó la voz de Velda, en tono agudo y seco.

—Vamos, no seas chiquilla —la reprendió Vivian con disgusto—. Abre. Tiene que hacerte unas preguntas. No obraste bien en el aeropuerto, lo sabes...

—¡He dicho que no quiero verle ni darle explicaciones! —replicó ella, tras la puerta—. ¡Estoy harta de Slade! Si quiere hablar conmigo, será como simple policía, no como amigo. Díselo de mi parte.

—El te está oyendo, querida, no hace falta decirle nada —habló

Vivian, paciente—. Déjame entrar a mí. Hablaremos un momento.

Hubo un silencio. Una duda larga. Luego sonó el pestillo de nuevo. Se entreabrió la puerta. Velda asomó ligeramente un ojo y un mechón de pelo rojo, sin mirar a Slade. Parecía irritada.

—Usted espere aquí, Frank —pidió Vivian—. Yo hablaré con ella y la haré entrar en razón. Velda no ha madurado lo suficiente, aunque parezca lo contrario.

Entró. Las dos hermanas charlaron en voz baja tras la hoja de madera. Frank aguardó ceñudo. Al fin, minutos más tarde, la voz de Vivian sonó:

—Puede entrar, Slade, por favor...

Empujó la puerta. Vivian estaba en pie cerca de la ventana, de espaldas a ellos, impecable su figura dentro de su traje oscuro. Velda esperaba, nerviosa, estrujando las manos entre sí, mirando hacia la puerta. Bajó los ojos ante la mirada dura de Slade.

—Lo siento, Frank —se excusó—. Lo siento de veras. Quise burlarme de ti. Creo que no debí hacerlo, dada mi situación de sospechosa...

—No, no debiste hacerlo. Pero eso ya pasó. ¿Sólo fue una travesura?

—Claro. Pero no vas a creerlo. Tú sabes que ella... —señaló a Vivian, que no se movió, pero se puso más rígida—, o yo. Una de las dos... es la que buscas.

—Ya no sé nada —resopló Slade, furioso—. Temí que hubieras huido a alguna parte. Burlar a un amigo pesado, no es un delito, después de todo...

—¡Oh, Frank, Frank! —sollozó de pronto la joven, lanzándose impulsiva en sus brazos—. Perdóname, te lo ruego... No eres un amigo, no eres un policía... Eres Frank y te amo, ¿es que no te has dado cuenta? Frank..., quiero odiarte... y no puedo.

La besó cálida, largamente en los labios. Slade se entregó a aquella caricia apasionada que tanto deseaba. Vivian, bruscamente, abandonó la ventana, pasó junto a ellos y se limitó a decir entre dientes, al abandonar la estancia:

—Voy arriba. Quedaos solos.

Cerró tras de sí. Frank siguió con Velda entre sus brazos. Y mientras sus manos recorrían el cuerpo suave y turgente y sus labios apretaban los de ella, comprendió que nunca podría resolver aquel asunto, aunque pasaran años, a menos que Vivian fuese la culpable sin lugar a dudas. Su propio modo de sentir, su amor hacia Velda, por vez primera nublaban su entendimiento, su frío raciocinio. Y por si era ella la culpable, ni siquiera deseaba saber, averiguar, llegar al fondo de la cuestión.

CAPITULO VII

—Lo hizo, Slade. ¡Lo hizo!

—¿Qué hizo? ¿Quién? —preguntó torpemente Frank, mirando perplejo a Edgar F. Cavanaugh aquella tarde, apenas entró en el despacho de su jefe.

—¿Es que no lo entiende? ¡La trampa funcionó! Black Lady ha atacado la plataforma petrolífera *Neptuno III*, en el Caribe, dinamitándola y destruyendo la perforadora y la torre! Varios agentes enemigos han muerto en la acción, y sólo hay heridos en el personal especializado de la CIA y el FBI que se fingían obreros de la plataforma.

Un estremecimiento sacudió a Frank. Recordó la noche anterior, sus horas al lado de Velda. Y tuvo miedo. Un miedo terrible a saber la verdad...

—¿Y..., y ella, Black Lady? —preguntó con voz tensa.

—Como temíamos, escapó. Es demasiado lista para dejarse cazar —suspiró Cavanaugh, meneando pesaroso su cabeza—. Pero no pudo evitar sufrir una herida de bala de nuestros hombres. Una sola herida, quizá un rasguño, suponen ellos. Pero suficiente, Slade, ya lo sabe. Suficiente, porque las balas que se utilizaron iban impregnadas todas ellas con esa sustancia luminosa que delatará a la persona herida, sin lugar a dudas...

Frank Slade asintió, sombrío, vacilante. Sabía que la trampa consistía en eso. Una plataforma para búsqueda del oro negro en el Caribe, que todavía no había obtenido el menor éxito en sus perforaciones, se había convertido en el cepo para la astuta y cruel mujer. Bastó fingir el hallazgo del preciado aceite energético, para que los comandos de Black Lady atacaran la plataforma, debidamente protegida, en su afán de desestabilizar la situación en todo Centroamérica, paso previo para su ataque decisivo a algunos países de aquella área. Y en el intento, lo más importante era tratar de herir a la escurridiza dama aunque sólo fuese superficialmente. El producto que formaba parte de los proyectiles utilizados por los agentes de la *Neptuno III* era una sustancia fosforescente, de imposible disolución o neutralización en el período de una semana como mínimo.

De modo que esta vez estaba hecho. Sólo una de las mujeres tendría la señal luminosa en su piel, aunque la herida sólo fuese un arañazo sin importancia.

—Ya sabe lo que ha de hacer, Slade. Es su caso. Lleve a ambas hermanas a las oficinas federales. Sométalas al examen epidérmico. Y tendrá la respuesta...

Frank asintió lentamente. Sus ojos brillaban, sombríos.

Cavanaugh pareció darse cuenta de lo que sentía.

—Lo lamento, amigo mío —suspiró el jefe—. Tenía que ser alguna vez. Sólo confío en que no sea ella, su chica... Suerte, Slade.

—Gracias, señor. No es cuestión de suerte. Lo que sea... tiene que ocurrir. Si Velda es la mujer asesina, no dudaré en cumplir mi tarea hasta el fin...

—Lo sé, Slade. Siempre lo he sabido. Por eso le deseo suerte, muchacho.

Frank abandonó la oficina. Iba a dar el paso decisivo. Ahora, o nunca.

La mujer engañosa, la traidora y enemiga de su país, ya no podía ocultarse más. Ahora la semejanza física no iba a servir absolutamente de nada. Una de ellas estaba marcada por la pintura luminosa...

Al dirigir su coche a la residencia de las hermanas Gesserson, su mente era una mezcla de confusión, de temores... y de una vaga y remota esperanza tan sólo...

* * *

Era tarde. Demasiado tarde.

La casa ardía como si fuese yesca. Las llamas iluminaban dantescamente los jardines en el atardecer, nublado y húmedo.

Frank detuvo su coche, con un juramento, saltando del mismo y corriendo hacia la casa, rodeada de curiosos, bomberos y policías. Uno de éstos le retuvo enérgico.

—Espere. ¿Adónde va? —le interrumpió bruscamente—. Eso es una hoguera. ¿Quiere morir achicharrado?

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué provocó el siniestro? ¿Han salvado a las ocupantes de la casa?

Ante la mirada del policía, les mostró su credencial. El otro suavizó su expresión.

—Lo siento, señor. No sabe nadie lo que pudo provocarlo, pero alguien asegura que huele fuertemente a gasolina. Pudo ser provocado. Sólo una joven ha salido indemne hasta el momento. Está allí, en aquella ambulancia. No sufre daños...

Frank corrió a la ambulancia, sintiendo palpar violentamente su corazón. Asomó al interior. Se detuvo, petrificado. La superviviente era Amy, la doncella.

—¡Señor Slade! —le miró la joven—. Menos mal que ha venido... Ha sido horrible...

—¿Horrible? Ya lo veo, Amy. ¿Sabe lo que sucedió? ¿Y sus dos

patronas?

—No sé, no sé... Las busqué, sin hallarlas, cuando empezaba a arder todo... Ellas estaban dentro entonces, pero no di con ellas... Tuve el tiempo justo para salir. Ahora todo aquello es una inmensa hoguera. Están intentando entrar..., pero no es fácil conseguirlo. Han debido morir... las dos... —terminó con un sollozo, apoyando su cabeza en él.

Slade acarició suavemente los cabellos de la muchacha, tratando de serenarla.

—Tranquílcese —pidió roncamente—. Yo voy a ver si puede hacerse algo aún...

—No, nadie puede hacerlo ya —sentenció ella, con un suspiro.

También Frank empezaba a pensarlo, pero aun así fue hasta la puerta del jardín de las Gesserson, viendo cómo el fuego devoraba toda la finca. Recordó el estudio de Vivian, las fotografías, el living donde O'Brien, el periodista, fotografiara a una asesina... Y recordó, sobre todo, a Velda.

—Dios mío... —jadeó viendo venir a los bomberos con un cuerpo envuelto en mantas. Se precipitó hacia ellos. Los alcanzó, tratando de ver lo que llevaban. Ellos se lo impidieron. Slade mostró su credencial, exigiendo ver los restos humanos.

—Es una mujer, señor —explicó un bombero—. Está irreconocible ya... Murió en el incendio...

—¿Sólo *una*? —preguntó ávidamente—. ¿Está seguro?

—Por supuesto. Si hay algún otro cuerpo ahí dentro, no podrá ser rescatado hasta que se enfríen las ruinas. La techumbre acaba de desplomarse.

Frank apartó las mantas, sintiendo la aceleración violenta de sus palpitaciones. Contempló con horror la forma inerte, chamuscada, ennegrecida, irreconocible, de rojos cabellos abrasados, de rostro borrado por el fuego, de jirones de tela negruzca sobre el cuerpo calcinado ya... La angustia le dominó.

—Dios mío... —susurró—. Pobre..., pobre Vivian... o Velda.

Y el corazón se le encogió, ante la nueva y tremenda duda...

De regreso a la oficina federal, esperaba horas después el momento de ser revisados los restos de la casa, en busca del segundo cadáver. El incendio de la casa había sido provocado, según dictamen de los bomberos, y las razones para ello, seguían siendo un enigma para Slade.

El enigma se aclaró dramáticamente, cuando Cavanaugh entró en la estancia y le tendió con gesto sombrío un papel mecanografiado. Frank lo leyó, atónito:

«Querido Frank Slade:

»Te escribo estas líneas antes de morir. Nunca sabrás si soy Velda o Vivian. No vale la pena. Sé que esa bala que me hirió en la plataforma petrolífera tenía una sustancia que no logro borrar ni eliminar. Ahora lo entiendo. Todo era una trampa para mí.

»Es inútil seguir luchando. Pongo fin a mi vida. Y a la de mi hermana. Así, jamás sabrás la verdad. Ella siempre supo que yo era la culpable. No soportaría verme procesada, señalada, humillada por todos. Este final es el mejor. Para las dos. Mi hermana ignora mi decisión. Es mejor así, después de todo...

»Si amaste a Vivian o a Velda, trata ahora de olvidarla. No me odies a mí por hacer eso. Es la solución ideal para todos. Adiós, Frank Slade.

»V. Gesserson.»

Estaba firmado. Pero podía ser letra de Vivian. O de Velda. Frank no estaba seguro de ello. Nunca lo estaría posiblemente.

—Lo siento, señor —murmuró, dejando caer la carta—. Renuncio. Ya no sigo con este asunto ni, posiblemente, con ningún otro por el momento. Necesito un descanso. Un largo descanso.

—Sí, Slade. Concedido —respondió Cavanaugh tristemente—. Lo siento. Pero ella tuvo razón en algo, fuese ella quien fuese, éste es el mejor final.

EPILOGO

Frank Slade miró largamente a su joven colega.

—Terminé una misión ayer —explicó—. Era la primera después de todo aquello, Winninger. ¿Por qué vienes ahora a hablarme de las «Mellizas Mortales»? Es un asunto que he tratado de olvidar desde entonces.

—Lo siento, Slade —sonrió Ralph Winninger tímidamente—. Leí todo el *dossier* hace unos días. Me intrigó el caso. Ya vi que no apareció más el cadáver que el que usted examinó en la puerta de la casa durante el incendio.

—Sí, así es. Todo estaba calcinado. Tal vez nunca se sepa qué fue de..., de la otra hermana.

—He examinado los datos policiales. Ni un fragmento óseo siquiera. Un cadáver no se calcina tan fácilmente, Slade.

—Maldita sea, amigo Winninger, ¿qué pretende ahora? ¿Volver a torturarme con todo aquello? Es asunto cerrado. Y olvidado. Ya nunca se ha hablado más de Black Lady. Y la situación en Centroamérica se ha logrado controlar satisfactoriamente.

—Slade, amigo mío, sé que usted es el mejor agente que tenemos, y que sólo soy un advenedizo, un novato. Pero yo tengo una ventaja sobre usted: no estoy enamorado. No conocí a Velda ni a Vivian Gesserson, salvo por una serie de documentos fríos e impersonales, archivados en un *dossier* polvoriento. Tal vez por eso, veo las cosas de distinta forma.

—¿Adónde quiere ir a parar, Winninger? —le miró Slade ceñudo, desde detrás de un vaso de whisky, sentados ambos en aquel confortable bar de Manhattan.

—A esto, Slade: a veces, una pasión nos ciega y los árboles nos impiden ver el bosque. Usted no investigó cosas que eran elementales, casi de rutina.

—¿Como por ejemplo...? —indagó Frank, molesto con su joven colega.

—Como por ejemplo, el pasado de Velda y Vivian Gesserson. Yo sí lo hice.

—¿Y qué descubrió? La clave de todo estaba en su presente, no en su pasado.

—Se equivoca. Supe que una de ellas estudió en la universidad de Princeton, y allí actuó como actriz aficionada, bastante buena, y representó incluso a los clásicos en papeles de hombre también.

—No es nada nuevo. Era Velda. Vivian me habló de eso una vez...

—Lo sé, está en su informe. Pero no le habló de Karin Nelson.

—¿Karin Nelson? ¿Quién era ella?

—Una joven estudiante, compañera de ella en la universidad. Las

cosas le fueron luego mal en la vida. Sus padres se arruinaron, y Karin Nelson tuvo que ganarse la vida como actriz, porque era la mejor junto a Velda Gesserson.

—¿A qué vienen todas esas tonterías, Winninger?

—A algo muy simple. Averigüé cosas curiosas sobre Karin Nelson. Una de ellas, que se parecía bastante a Velda Gesserson. Físicamente, quiero decir.

—Velda y Vivian no eran sólo parecidas. Eran iguales.

—A eso voy. Busqué el paradero actual de Karin Nelson. Me costó encontrarlo. Pero lo logré. Trabaja ahora en una compañía teatral de poca categoría, haciendo una gira por provincias desde hace ya meses.

—Meses enteros hace que terminó el caso, Winninger. Y quiero olvidarlo.

—Yo, no, Slade. Porque a mi no me traumatiza un recuerdo. Y no me impide ver las cosas en su exacta dimensión. Por eso busqué también alguna posible identificación del cadáver hallado en la casa incendiada. La prótesis dental podía servir. Y sirvió, Slade. Hallé una prótesis idéntica en otra persona. ¿Sabe quién es?

—No —gruñó con aire de fastidio Slade, la mirada perdida en el vacío.

—En Karin Nelson.

—¿Adónde va a parar? —le miró, perplejo y casi furioso—. ¿No dices que ella vive y trabaja en una compañía de provincias? La muerta era una de las dos hermanas...

—Espere todavía. Me interesé en la autopsia de la mujer muerta. Tenía, ciertamente, un rasguño con una sustancia luminosa, la usada en la plataforma *Neptuno III* por los agentes federales. Pero *no era* un balazo ni siquiera el roce de una bala, sino un simple arañazo con algo afilado, según el forense.

—Me volveré loco con todo esto, Winninger. ¿Por qué no deja el caso en paz? Todo eso no puede cambiar las cosas. Velda y Vivian Gesserson están muertas.

—No, Slade —negó Ralph vivamente—. Sólo una de ellas está muerta. Y lo está porque NUNCA LLEGO A VIVIR. No existió.

—¿Se ha vuelto usted loco, Winninger? —estalló Slade—. ¿Adónde va a parar?

—A la verdad que usted se obstinó en rechazar porque le causaba daño. No se llamaba Velda Gesserson la estudiante de Princeton, como usted dijo, sino *Vivian*. Velda *no existió nunca*. No había tales hermanas gemelas, Velda y Vivian eran UNA SOLA PERSONA.

—¡Winninger! —aulló Slade, furibundo—. ¿Qué tontería es ésta? ¡Yo vi en dos ocasiones a ambas mujeres juntas! ¡No trate de

hacerme sentir estúpido!

—No, Slade. Sólo estaba ciego, porque amaba a una mujer. Ya sé que vio dos veces a ambas hermanas juntas. Y que Amy las veía con frecuencia... o creía verlas. Para un observador normal, un gran parecido, si se acentúa, puede convertir en semejanza absoluta, siempre que no dure demasiado tiempo ni haya excesiva luz. Luego basta con que aparezca vestida de una u otra forma, que lleve este o aquel peinado y se haya creado dos personalidades diferentes, para que la farsa sea un éxito. Recuerde que Vivian-Velda era una actriz de calidad. Podía disfrazarse, fingir, interpretar un papel perfectamente... Desde la muerte de O'Brien, ella creó una farsa que ya en ocasiones había ensayado: la existencia de dos hermanas gemelas que no existían, porque ella era una sola. Contrata a una actriz amiga suya con cualquier pretexto, le paga bien, y hace el papel de Vivian o de Velda, según el caso, pero sólo cuando viene en el coche, y entra o sale de casa. Una visión fugaz, en suma. Con cualquier excusa, una de ellas se ausenta, y queda sólo una hermana presente. El cambio se ha hecho por el camino. La que llega cambia de ropas en décimas de segundo con la verdadera Gesserson, que reaparece con otra identidad, alegando que su hermana gemela se ha ido a esta o tal cosa. Repase su informe, Slade, y verá que la primera vez, al llegar Vivian, Velda va a recibirla, y usted ya no ve sino a Vivian que entra. Por el camino, Karin —que era Vivian al salir del coche— ha cambiado sus ropas con ella, altera su peinado en el corredor, y entra, convertida en la otra hermana, mientras Karin se va arriba o se encierra en otra habitación. Igual juego efectúan la noche en que usted va en busca de Velda, sólo que esta vez, Vivian recurre a un juego de ventriloquia, fingiendo hablar con su hermana, puesto que es Karin quien está detrás de la puerta. Entra Vivian, cambian de ropas y de peinado, y Karin se pone de espaldas a usted, mirando por la ventana, en tanto la supuesta Velda —que nunca existió sino en la imaginación de Vivian Gesserson— le abraza a usted, le besa, y Karin, en su papel de Vivian, pasa rápidamente junto a usted, sin apenas dejarse ver, y se ausenta diciendo dos frases cortas, en voz baja, para que no note la diferencia de voz.

Lentamente, Slade había ido palideciendo. Evocaba cada momento citado por su joven colega. De pronto, susurró con voz ronca:

—Y cuando besé a Vivian aquel día en el coche... y dudé... ¡fue porque estaba besando también a Velda! La misma mujer, la misma boca, el mismo beso...

—Sí, Slade. Veo que ya abrió los ojos —sonrió tristemente

Winninger, afirmando.

—Y la mujer muerta en la casa incendiada es..., es Karin Nelson, la joven actriz amiga..., ¡asesinada por Vivian-Velda para ocupar el puesto de una cualquiera de ellas dos y cerrar así el caso! La arañó, puso una sustancia química luminosa similar a la que ella llevaba en la herida, y dejó el cadáver entre las llamas.

—Exacto, Slade.

—Y ahora, Karin Nelson, la joven actriz de provincias, en gira por el país..., es..., es...

—Es *ella* —afirmó Winninger lentamente—. La que usted supone. Vivian o Velda. La mujer que buscamos: Black Lady, retirada momentánea o definitivamente de la escena de sus actividades criminales... Pero viva e impune.

—Sólo hasta ahora, Winninger. Sólo hasta ahora... —Slade se puso en pie, muy pálido, la mirada fría y dura, perdida en el vacío—. Averiguaré dónde está ahora... ¡y le daré caza finalmente!

—Yo se lo diré, Slade. Está en San Diego, California... Actúan allí durante tres días...

—Usted lo sabe todo, ¿eh, Winninger? —comentó amargamente Slade, mirándole con verdadera admiración.

—No, amigo Slade. Sólo lo que procuré averiguar cuando creí ver el bosque a través de los árboles, durante la lectura del *dossier* de las «Mellizas Mortales»...

—Bien, ¿a qué esperamos entonces? El primer avión para Los Angeles o San Diego es posible que salga pronto...

—Dentro de dos horas exactamente —sonrió Winninger. Hurgó en su bolsillo y extrajo dos billetes de avión—. Todo está a punto...

—Cielos, muchacho —Slade abrió sus ojos, asombrado—. Piensa en todo... ¿Sabe una cosa? Usted y yo, juntos, podemos ir muy lejos... Se lo diré al jefe. Ahora, en marcha.

—¿Seguro que no volverá a ablandarse cuando se vea ante Vivian... o Velda? —preguntó suavemente Ralph Winninger.

—No, amigo mío. Ya no —ahora fue Slade quien sonrió con tristeza—. Usted, que todo lo sabe, tal vez ignore algo sobre mí. Tras este último caso, me he casado con una chica maravillosa, de la que empiezo a sentirme realmente enamorado y que me ha hecho olvidar a... la otra.

—¿Amy, la doncella? —rió Winninger.

—¡No me diga que también sabe eso! ¡Es un secreto para todos! —tronó Slade.

—No lo sabía. Le felicito, Slade. Pero sí imaginaba que terminaría dándose cuenta de que sentía algo por aquella chica, Amy... Yo lo noté mientras leía su informe oficial...

—Debí suponerlo. A usted nada se le pasa por alto. Ahora, vamos a San Diego. Quiero tener pronto a Vivian-Velda Gesserson en manos de la Justicia. Y esta vez, sin estúpidos sentimentalismos.

Los dos hombres echaron a andar hacia la salida. Esta vez, Frank Slade no estaba ciego. Lo veía todo muy claro. Y sabía lo que tenía que hacer.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

**CENTAURO y
OESTE
LEGENDARIO**



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**